



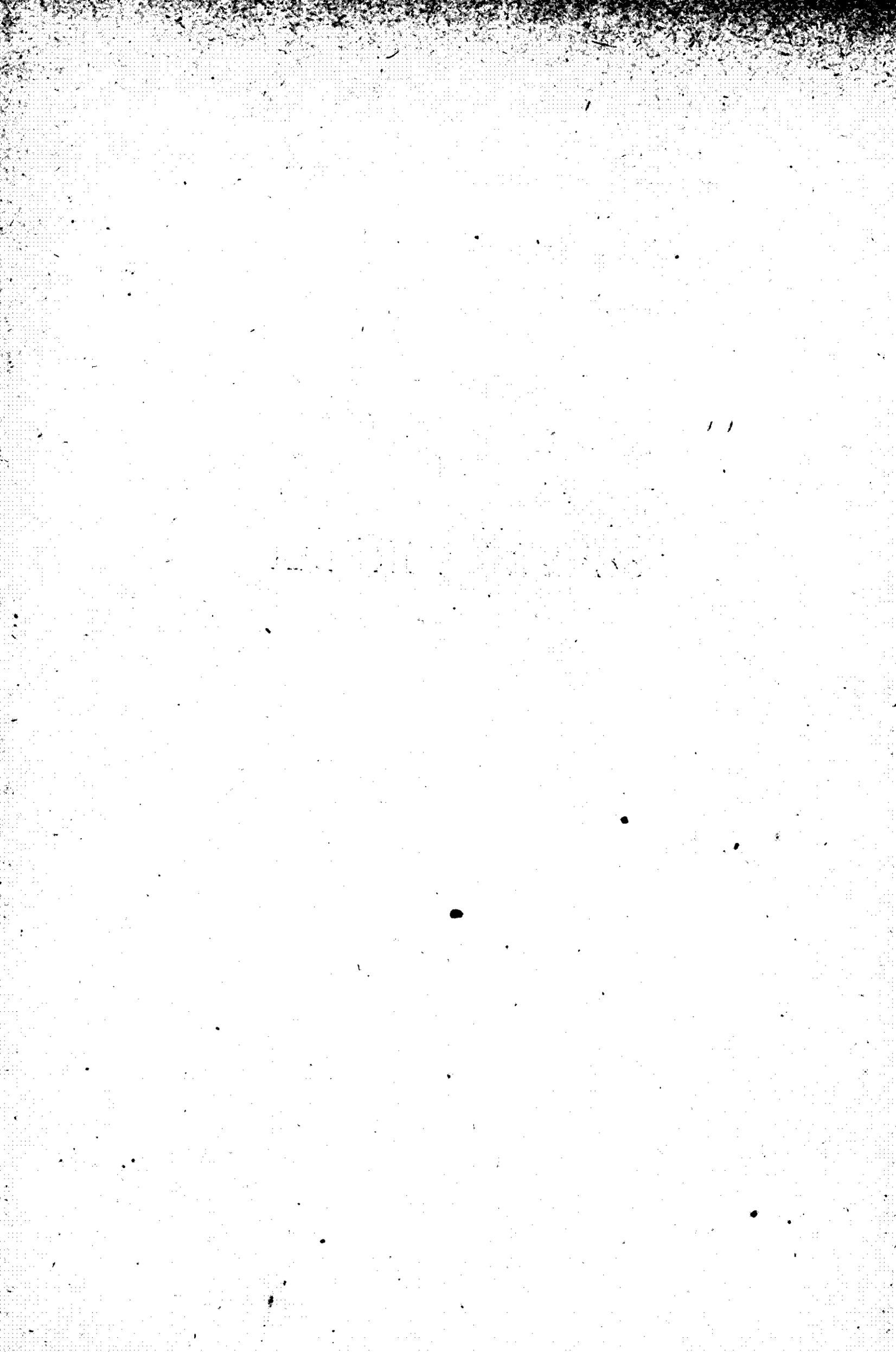
Al insigne poeta D.  
Manuel del Palacio,  
en testimonio de respetos  
amistad y mierna admiracion

Carlos Ider Shaw

11. 3. 94.

SEVERO TORELLI





C10918

# SEVERO TORELLI

DRAMA DE

## FRANÇOIS COPPÉE

ARREGLADO Á LA ESCENA ESPAÑOLA EN CUATRO ACTOS  
Y ESCRITO EN VERSO CASTELLANO

POR

*Copy 1867*

## CARLOS FERNÁNDEZ SHAW

Estrenado con gran éxito en el TEATRO ESPANOL  
la noche del 17 de Febrero de 1894.



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado.

1894

# REPARTO

---

## PERSONAJES

---

**Doña Pía**.....  
**Porcia**.....  
**Catalina**.....  
**Una mujer del pueblo**.....  
**Severo Torelli**.....  
**Barnabo Spínola**.....  
**Juan Bautista Torelli**.....  
**Renzo Ricardi**.....  
**Ercole Balbo**.....  
**Lippo Malatesta**.....  
**Fray Antonio**.....  
**Un alguacil mayor**.....  
**Un proscrito**.....  
**Hombre 1.º**.....  
**Idem 2.º**.....  
**Idem 3.º**.....

## ACTORES

---

*Sra. Argüelles.*  
    » *Sala.*  
    » *Palacios.*  
*Srta. Caire.*  
*Sr. Bueno.*  
    » *Mata.*  
    » *Gómez.*  
    » *López.*  
    » *Salgado.*  
    » *Avilés.*  
    » *Pastor.*  
    » *Soler.*  
    » *Baleriola.*  
    » *Sotomayor.*  
    » *Cruz.*  
    » *Cernadas.*

Hombres y mujeres del pueblo. Guardias  
y esbirros. Prisioneros.

---

**Pisa, 1494.**

---

Nadie podrá sin permiso del Sr. Fernández Shaw reimprimir ni representar esta obra en España ni en sus posesiones de Ultramar.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

# Á Mr. François Coppée.

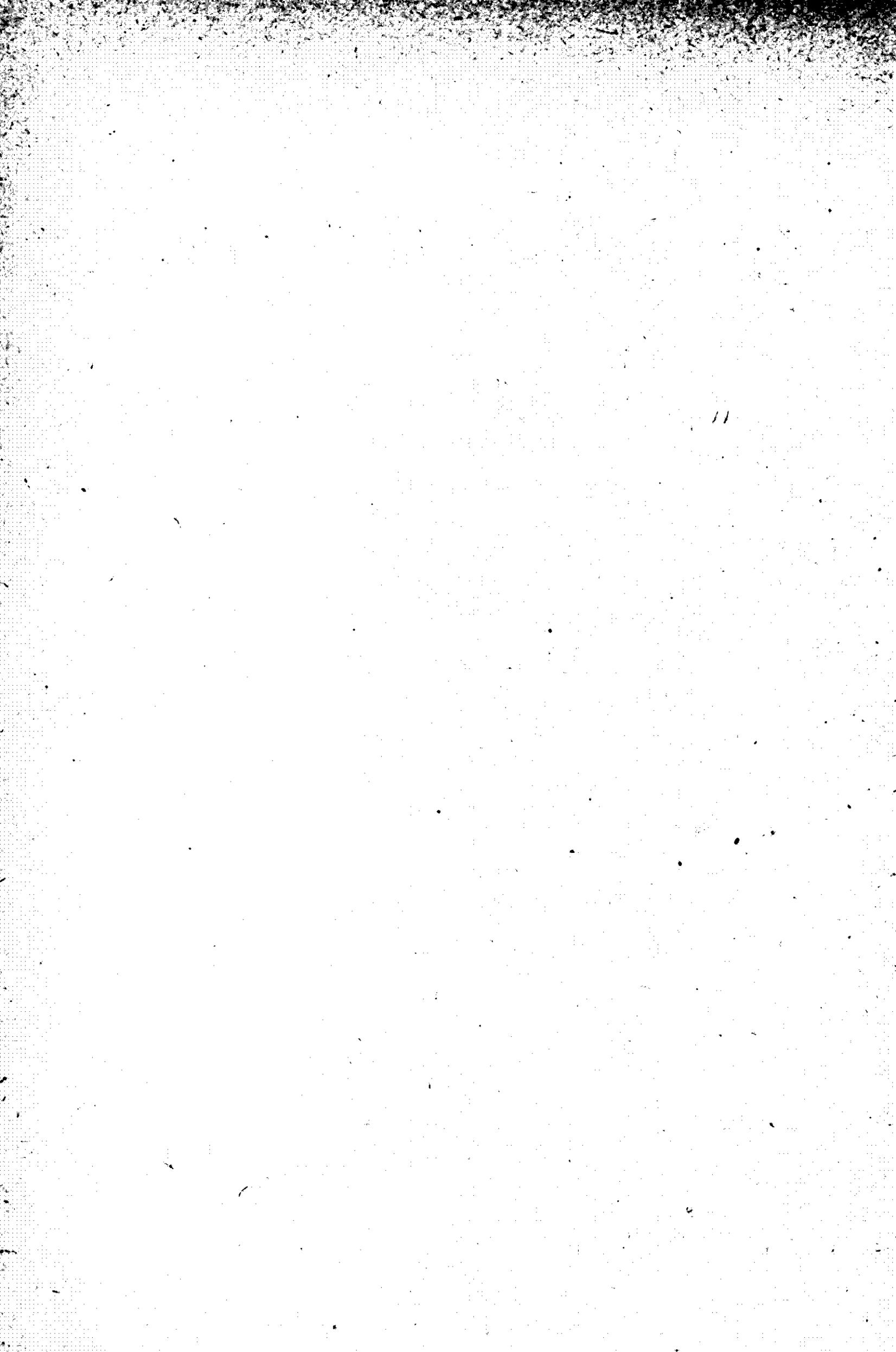
*Ilustre Maestro:*

*Suyo es el drama Severo Torelli. Y lo que en este arreglo me pueda corresponder, que es bien poco, se lo dedico respetuosamente.*

*Así conseguiré, como es de justicia, que, por un concepto ó por otro, todo sea de U., tanto en la obra original como en la versión española.*

*Carlos Fernández Shaw.*

*Madrid 20 de Febrero de 1894.*



# ACTO PRIMERO

---

El *Lungarno*, en Pisa. En el fondo *le ponte di mezzo*. A la derecha, en primer lugar, el palacio de Torelli y luego el pórtico de una capilla. A la izquierda y al fondo el caserío. Debe verse algún otro palacio. A la izquierda una boca calle. Está declinando la tarde.

## ESCENA PRIMERA

RENZO y ERCOLE, *hablando en el centro de la plaza.*

ERC. ¡Descaro se necesita!  
Y ¿cuándo fué, dices?

REN. Hace  
veintiocho años. Ya entonces  
todas nuestras libertades  
eran liviano juguete  
de caprichos miserables;  
pero aun así, no bastaban  
á Florencia los ultrajes  
de los déspotas crüeles  
que le gobernaron antes  
esta su ciudad de Pisa,  
lo que nunca fué muy fácil,  
y ansiosa en aquel momento  
de más lutos, de más sangre,  
reconociendo sin duda  
las odiosas cualidades,  
los desvelados rencores,  
los satánicos afanes

de tiranía y de crímenes,  
de sorpresas y espionajes  
que en Spínola formaban  
la condición y el carácter,  
deteniendo en él sus ojos,  
acababa de nombrarle  
Señor de Pisa, en su nombre,  
para extremar las crueldades,  
para aumentar nuestra angustia,  
para colmar nuestros males.

ERC.

¡Malhaya su torpe vida!

REN.

¡Malhaya su vida infame!

ERC.

Pero prosigue tu historia.

Prosigue.

REN.

¡Dios nos ampare!

Aún era muy de mañana,  
poco después del instante  
en que despierta la aurora  
entre dormidos celajes.  
Guardado por veinte lanzas,  
que apenas pueden guardarle  
de la desbordada furia  
de los odios populares,  
Barnabo Spínola monta  
su caballo de combate,  
conteniéndole de bridas  
por temer que se le escape.  
Libre de la gran defensa  
de la armadura que trae  
sobre todo el cuerpo, sólo  
se le distingue el semblante.  
En el centro de la plaza,  
llena de curiosos, álzase  
el cadalso, y el verdugo  
muéstrase de pie, delante  
de su tajo, donde el hacha  
prodigó rojas señales.  
Tres desgraciados esperan  
término para sus males.  
Son tres ciudadanos buenos  
y es forzoso que lo paguen.

Es el uno fuerte y alto;  
 dos golpes no son bastantes  
 para que sus inquietudes  
 y sus dolores acaben.  
 Después, cuando al tercer golpe  
 se entrega por fin y cæe,  
 un alarido terrible  
 se escucha por todas partes.  
 Otro es joven, y en sus labios,  
 que sus angustias contræen,  
 una flor pequeña y roja  
 lleva, por gala y donaire.  
 ¡Qué recuerdo tan horrible!  
 Cuando el golpe formidable  
 del hacha partió su cuello,  
 en aquel charco de sangre,  
 al que saltó de repente  
 su cabeza palpitante,  
 le siguió la flor; lo mismo  
 que si quisiera besarle.  
 A Juan Bautista Torelli  
 llega la vez. ¿Quién no sabe  
 que es el orgullo de Pisa,  
 que es un noble y que es un mártir?  
 Sordos murmullos resuenan  
 por la plaza y en las calles,  
 y corren de boca en boca,  
 como los fúnebres ayes  
 que finge medroso el viento  
 cuando deshoja los árboles.  
 Y Spínola, de improviso,  
 dice al pueblo: «¡Bastel ¡bastel!»  
 Y á Torelli: «¡Te perdono,  
 Torelli, puedes marchartel!»  
 Pero... ¿Spínola?

ERC.

REN.

¿Quién puede  
 explicar lo inexplicable?

Quizá temió que las gentes,  
 indignadas, le arrastrasen.

ERC.

REN.

Y dí... ¿Torelli?...

Al principio

enmudeció de coraje;  
 pero al advertir que el pueblo  
 no cesaba de aclamarle,  
 se colocó—te aseguro  
 que nunca le vi más grande—  
 junto al cadalso, de espaldas,  
 y de Spínola delante,  
 y así le dijo: «No dudo  
 en aceptar, si te place,  
 aunque tu bondad, por rara  
 y por siniestra, me extrañe;  
 pero sentiré que digan,  
 cuando tus hechos se narren,  
 que no supe comprenderte,  
 que no pretendí pagarte;  
 como que tú me perdonas  
 tú, que nunca perdonaste,  
 no extrañarás, de seguro,  
 que contra tí me desarme.  
 Nunca lucharé contigo,  
 ni por nada, ni por nadie.  
 Pero como el tiempo corre  
 y las afrentas renacen,  
 si llego á tener un hijo  
 que herede con mis pesares  
 mis rencores... ¡no lo dudes!  
 ¡él sabrá cómo vengarme!»  
 ¿Y Spínola?

ERC.

REN.

Pues... Spínola  
 se marchó sin contestarle.

ERC.

REN.

¡El, tan altivo! ¿Es posible?  
 Pero desde aquel instante  
 ya no perdona. ¡Sus fallos  
 siempre son inexorables!

ERC.

REN.

Y desde entonces... ¿Torelli?  
 Rendido por sus pesares,  
 tal como triste fantasma,  
 como animado cadáver,  
 en ese palacio vive,  
 te diré mejor que yace.  
 De sus tétricos salones

á la vez sus penas hacen  
 tumba de sus desengaños  
 y de su vergüenza cárcel.  
 Ni á los balcones se asoma,  
 ni á la plaza nunca sale,  
 como si cuanto pudiera  
 contemplar le avergonzase.  
 Meses y meses corrieron  
 después del amargo trance,  
 y un hijo tuvo Torelli,  
 al declinar de una tarde  
 que fué como nueva aurora  
 para sus hondos afanes.  
 Desde pequeño lo educa  
 de manera que le salve,  
 y él es digno de su nombre,  
 de su patria y de su padre.  
 ¡Tiene el temple de un romano  
 y el espíritu de un mártir!  
 El heredó la constancia  
 de los odios implacables.  
 ¡Es la justicia que llega,  
 la venganza que renace!  
 El querrá ser justiciero  
 y sabrá cómo vengarse;  
 él romperá las cadenas  
 y lavará los ultrajes  
 con que Florencia mancilla  
 todas nuestras libertades,  
 todas nuestras ambiciones  
 y todos nuestros hogares.

ERC.

¡Oh, le admiro!

REN.

¡Lo merecel

ERC.

Y... díme... ¿podré contarme  
 entre sus amigos pronto?

REN.

¿Quién lo duda?

ERC.

¡Que me placel

REN.

Tus largos años de ausencia  
 no consiguieron cambiarte.

ERC.

¡No!

REN.

Te reconozco.

LIP.            (*Entrando.*)            ¡Renzol  
 REN.            ¡Lippol  
 ERC.                    ¡Túl  
 LIP.                            ¡Que Dios os guarde!

## ESCENA II

LIPPO, RENZO, ERCOLE, *después el* ALGUACIL MAYOR, CATALINA, *esbirros, un prisionero, hombres y mujeres del pueblo.*

REN.            ¿Qué, sabes algo de nuevo?  
 LIP.            ¿Yo? Nada, siempre lo mismo:  
                   destierros y delaciones,  
                   miserias y sacrificios.  
 ERC.            No es posible que se pasen  
                   más años así... ¡te digo!  
 LIP.            ¡Aún más!  
 ERC.                            ¿Qué?  
 LIP.                            ¡Más desgraciados!  
 REN.            ¡Vas á ver lo que sufrimos!  
                   (*Entran el Alguacil, Catalina, el prisionero entre*  
                   *esbirros, pueblo.*)  
 CAT.            ¡No, por piedad!  
 ALG.                            ¡Vamos! ¡Este  
                   á la cárcel!  
 CAT.                            ¡No! ¡Dios mío!  
 ALG.            ¡Pasol! ¡Dejadme... canalla,  
                   que tengo prisa!  
 ERC.                            ¡Por Cristo!  
 CAT.            ¡No, no! Si lo pagaremos;  
                   pero, señor, ¿de improviso?  
                   Son demasiados tributos  
                   para nosotros. Mis hijos  
                   apenas comen... ¡Dejadme  
                   por piedad, os lo suplico!

- ¡Si ha guardado siempre todo  
 respetol... ¡Si nunca dijo  
 nada malo de Florencia!
- ALG. ¡Basta ya! ¡Basta... repitol!  
 PUE. ¡Ah!  
 ALG. Páganos bien y pronto  
 y guárdate los suspiros.  
 ERC. ¿Cuánto debe?  
 ALG. Dos ducados.  
 ERC. Tomad. (*Dándole las monedas.*)  
 CAT. ¡Oh, señor!  
 ERC. (¡Inicuo!)
- Y tú, lacayo de casa  
 de Spínola, yo te invito  
 á ver si tienes los huesos  
 tan duros como ya he visto  
 que tienes el alma.
- REN. }  
 LIP. } ¡Ercole!  
 }  
 } ¡Imprudentel
- ERC. ¿Qué? Lo dicho.  
 ALG. ¡Vaya, vaya! Contenöos,  
 y seguid vuestro camino  
 en paz, que de lo contrario...
- REN. Es de advertir que mi amigo  
 desconoce las costumbres  
 de la ciudad.
- ALG. ¡Pobrecito!  
 REN. Vuelve tras ausencia larga.  
 Tomad. (*Poniendo en manos del Alguacil unas  
 monedas, recatadamente.*)
- LIP. (*A Erc.*) ¿Lo ves?  
 REN. ¡Cuando digo  
 que tengo razón mil veces!  
 Pero ¿en qué mundo vivimos?
- ERC. ¡Señor!  
 CAT. (*A Erc.*) ¿Te vas convenciendo?  
 REN. ¡Oh, gracias!  
 CAT. Venid conmigo.  
 ERC. ¡No hay penas que se resistan  
 á un gran vaso de buen vino!

Venid todos.

REN.

¿Vamos?

LIP.

Vamos.

ERC.

¡Todos, todos, yo convido!

*(Salen, seguidos por el pueblo.)*

### ESCENA III

JUAN BAUTISTA, SEVERO.

*(Juan Bautista, tipo venerable, con barba y cabellos blancos.  
Entra del brazo de su hijo.)*

SEV. Pero... ¿tan pronto?

JUAN B.

No intentes  
disuadirme... Vuelvo á casa;  
llega la noche. Ya pasa  
fresco el aire, ¿no lo sientes?

SEV.

Padre...

JUAN B.

Te juro... te digo  
por mi honor y por mi fe...

SEV.

¡Padre!

JUAN B.

Que no volveré  
más á salir... ni aun contigo.

SEV.

La reclusión tan austera  
en que vives te devora.

JUAN B.

¡Si lo quiere Dios!

SEV.

Ahora  
que vuelve la primavera,  
que el valle y el bosque umbrío  
y la montaña se ven  
lentos de vida, también  
renace tú, ¡padre mío!  
A tanta luz ¿qué recelo?  
¿Qué nieve resistiría

- tanto sol?
- JUAN B.                   ¿Qué sol podría  
romper mi angustia, mi hielo?  
¿Qué me importa la apariencia  
si la triste realidad  
me tuerce la voluntad  
y me estraga la conciencia?
- SEV.                   Dime tú, ¿quién admiró  
tal virtud y tal secreto  
con más fe, con más respeto  
ni con más culto que yo?  
Mas cuando de noche, padre,  
duermes con el rostro hundido  
en las manos, he podido  
ver lo que llora mi madre.
- JUAN B.           ¡Ah!
- SEV.                   ¡Que su dolor te vengal
- JUAN B.           ¡Hijo!
- SEV.                   Si ocultas la cara  
como aquel á quien ahogara...
- JUAN B.           ¿Qué? ¡Dílo!
- SEV.                   ¡No!
- JUAN B.                   ¡La vergüenza!
- Sí; mi espíritu no implora  
más que al olvido.
- SEV.                   ¡Por tí!
- JUAN B.           ¡Pues si mi vida!...
- SEV.                   Por mí.  
¡Por lo que mi madre llora!  
Si la angustia solamente  
ya domina en el espacio  
de nuestro oscuro palacio,  
¿no consideras prudente  
responder á mi deseo?
- JUAN B.           ¡Si tú lo comprenderás!  
¡Si me aflige mucho más  
cuando salgo lo que veo!  
Pisa llorando sus penas.  
¿Es que acaso no lo acabas  
de ver? Sus hijas esclavas  
y sus hijos en cadenas.

¿Quién busca su libertad  
 ni quién su dolor no esconde  
 cuando sólo nos responde  
 ¡ya lo ves!... la soledad?  
 ¿Ves las gentes? ¡En andrajos!  
 ¿No reparaste en el puerto?  
 ¡Qué desolación! Desierto  
 de buques y de trabajos.  
 Las calles ¡qué silenciosas!  
 ¿Quién las cruza ya? Parece  
 que nadie. ¡La yerba crece  
 resquebrajando las losas!  
 ¿Qué mansiones principales  
 tienen sus salas abiertas?  
 Sobre las enormes puertas  
 de las casas señoriales  
 cada escudo de granito  
 desmoronándose vá,  
 y su señor ¿dónde está?  
 ¡Si no está muerto, proscrito!  
 ¿Quiénes y cómo consiguen  
 poder salvar sus cabezas?  
 ¿En qué astucia no tropiezas?  
 ¿Por dónde no te persiguen?  
 Para que nunca te apartes  
 de su vil dominación,  
 puedes mirar al león  
 florentino en todas partes.  
 Sobre granito se ostenta  
 ó en mármol su efigie tiene.  
 No ruge, pero contiene  
 y amenaza y amedrenta.  
 ¡Y pensar que me ganó  
 concediéndome su gracia!  
 ¡que tuvo tan gran audacia!  
 ¡que fué tan cobarde yo!  
 ¡que pude corresponder!  
 ¡No!... ¡Si no!... ¡si no lo creo!  
 ¡Padre!  
 Ya ves lo que veo.  
 ¿Quieres que lo vuelva á ver?

SEV.  
 JUAN B.

- SEV. ¿Y el pueblo no me maldice?  
Pero si tú...
- JUAN B. Quita, quita.  
¡Calla!
- SEV. Deja que repita  
lo que todo el pueblo dice.  
¡No! No pierdas la esperanza,  
que mientras yo represente  
tu nombre, mientras yo aliente,  
alentará la venganza.  
¿No resucitó conmigo?  
¿No me impulsa? ¿No me obliga?
- JUAN B. ¡Sí! ¡sí! ¡Que Dios te bendiga  
tal como yo te bendigo!  
Pero... no turbes mi pena.  
Ni el cielo ni el sol me admiran.  
¡El aire donde respiran  
los tiranos envenena!  
¡Adiós! ¿Hasta luego?
- SEV. ¡Sí!
- JUAN B. ¡Ya no puedo más!
- SEV. Adiós,  
padre. Roguemos á Dios  
por él... por él... ¡y por mí!  
(*Juan B. llama á la puerta de su palacio. Le  
abren seguidamente, y entra. Severo entra en la  
capilla.*)

#### ESCENA IV

ERCOLE, RENZO y LIPPO, luego BARNABO, SPÍNOLA,  
PONCIA, EL ALGUACIL, PUEBLO.

- ERC. ¡Pobres gentes! No podrías  
figurarte lo que siento!
- REN. ¡Y aún ignoras que este cuento  
es el de todos los días!
- ERC. Renzo, para no sentir

- que nos acusa el deber,  
es necesario vencer.
- REN. ¡Hay que vencer ó morir!  
LIP. Si nos doman como á fieras,  
si el cadalso, la mordaza...  
ALG. (*Saliendo con varios esbirros.*)  
¡Plaza!  
ERC. ¿Cómo?  
REN. ¡Mira!  
ALG. ¡Plaza!  
REN. Spínola.  
LIP. ¡Sí!  
ERC. ¿De veras?  
REN. ¡Éil  
Ya puedes contemplarle.  
LIP. Retirémonos á un lado.  
ERC. ¡Sabes que va bien guardado!  
REN. ¡Por lo que pueda costarle!  
(*Barnabo Spínola magníficamente vestido. Porcia con traje de brocado. Siguenles dos filas de guardias. Pueblo.*)  
SPÍN. ¿Y tú dudas, Porcia?  
POR. ¿Yo?  
SPÍN. ¡Pero cómo se retiran!  
¡Díme ya que no me admiran,  
ó que no me temen!  
POR. No.  
SPÍN. ¡Tiemblas, Porcia, tiemblas ¿Di,  
qué tienes?  
POR. No, si no puedo...  
SPÍN. Respóndeme, Porcia.  
POR. Miedo.  
SPÍN. ¿Por quién?  
POR. ¿Lo dudas?  
SPÍN. ¿Por ti?  
POR. ¡Barnabol  
SPÍN. Si quien se atreva  
contra ti, Porcia, se atreve  
contra cuanto se me debe,  
y no es tan fácil la prueba.  
¿No te convences? ¡Cuidadol...

POR. Si te expones...  
 SPÍN.                                   ¿Quién diría  
 que temblases todavía  
 cuando me tienes al lado?  
 Podemos seguir tranquilos.

POR. Si alguno que mal te quiere...  
 SPÍN. Si el que me hiera, me hiere  
 con espada de dos filos.  
 ¡Y aún sigues palideciendo!  
 ¡Por piedad!

POR.                                   ¡Basta, mujer!  
 SPÍN.                                   ¿Quién te puede comprender,  
 cuando yo no te comprendo?  
 ¡Por Cristo! ¡Por Satanás!

POR. ¡Calla, por Dios, no blasfemes!  
 SPÍN. Vaya... Porcia, dí que temes  
 por ti... ¿Me lo negarás?

POR. ¿Por mí? ¿Lo dices de veras?  
 SPÍN. ¡Caprichosa! Vamos...  
 POR.                                   Pero...  
 SPÍN. Mira, Porcia, yo te quiero,  
 ¡con tal de que tú me quieras!  
 ¡Si no se atreven á odiarme!  
 Repáralas ¡qué prudentes!  
 Vamos, Porcia... que las gentes  
 no se cansan de admirarme.  
 (*Salen seguidos por la escolta.*)

## ESCENA V

RENZO, ERCOLE, LIPPO. *Después SEVERO, una mujer del pueblo, un proscrito, pueblo.*

ERC. ¡Muy hermosa! ¿Quién es ella?  
 REN. ¿No sabes?  
 ERC.                                   ¡Sí, ya comprendo!  
 REN. Los caprichos del infame  
 se ajustan á sus deseos.

- LIP. Nueva Danäe; colmada  
de oro también; ¡oro nuestro!
- ERC. ¡Y, sin embargo, se dice  
que no es mala!
- LIP. ¡No lo creo!
- REN. Compasiones fugitivas,  
arrebatos pasajeros.
- ERC. ¡Y es hermosa!
- LIP. ¡Muchol Tiene  
la hermosura del infierno.
- ERC. ¿Quién sabe si no se acuerda  
algunas veces del cielo?
- REN. ¿Y Spínola? ¿Qué me dices  
de Spínola?
- ERC. Nada nuevo;  
¡que le abomino!
- REN. Descuida,  
que pronto nos vengaremos.  
Mira.
- LIP. ¿Quién?
- ERC. (Saliendo.) ¡Salud y suerte!
- SEV. ¡Severo!
- REN. ¿Cómo? ¿Severo?
- ERC. (*Las gentes del pueblo, que aún continúan en la plaza, se acercan á Severo saludándolo.*)
- SEV. (*A una mujer del pueblo, que lleva un niño en brazos.*)  
Sí, ya sé que tu marido...  
¡Pobre Juan!
- MUJ. ¡Señor, ha muerto!
- ERC. ¡Qué joven es! ¡qué simpático!
- REN. ¡Y si vieras qué sincero!  
Para aguardar, ¡qué prudencial!  
Para luchar, ¡qué denuedo!
- SEV. ¡Toma! (*Socorriéndola con una moneda.*)
- MUJ. ¡Señor!
- SEV. Me parece  
que sabes lo que te quiero.
- MUJ. ¡Oh, gracias! Señor, besadle,  
(*Mostrándole el niño.*)  
porque... será vuestro beso  
como segundo bautismo.

- SEV. ¡Por Dios, mujer! (*Besa al niño.*)
- REN. ¡Es tan bueno!
- SEV. (*Al proscrito que se le acerca.*)  
Escucha. ¡Dame la mano!
- EL PROS. ¡Gracias!
- SEV. ¿Lloras? ¡Pobre Beppo!  
¿qué te pasa?
- EL PROS. Me destierran.
- SEV. ¿También á tí?
- EL PROS. También. Pero  
después de besar tu mano  
ya me voy casi contento.  
(*Besa respetuosamente la mano de Severo.*)
- SEV. ¡Ay! ¡Me quieren! Sí, Dios mío,  
daré mi vida por ellos.
- GENTES }  
DEL } ¡Señor, señor, Dios os guarde!  
PUEBLO. }
- SEV. Salud, salud, compañeros.
- REN. (*Presentándole á Ercole.*)  
Ercole Balbo, mi amigo.
- SEV. Con gran placer os estrecho  
la mano.
- ERC. Gracias, mil gracias;  
yo, con placer y respeto.  
Cuando me ausenté de Pisa,  
hace ya bien largo tiempo,  
nuestra ciudad se quejaba  
de su dolor, bajo el peso  
del yugo que la oprimía  
con sus dogales de hierro,  
sin imaginar siquiera  
la esperanza del consuelo.  
Hoy, que por fin á la sombra  
de mi hogar antiguo vuelvo,  
palabras felices oigo,  
grandes ilusiones siento,  
y con pasión os admiro  
y con placer os contemplo,  
que todos en vos se fijan,  
elogios de vos diciendo.

- SEV.            ¡Por Dios!
- REN.                    Se necesitaba  
un jefe, y ¡ya lo tenemos!
- LIP.            Alguno que no temiera  
de los sacrificios.
- SEV.                    Eso,  
no lo dudéis. ¡Si tan poco  
necesitáis, yo lo ofrezco!  
Que todos los que padecen  
sepan unir sus esfuerzos  
Los nobles y los humildes,  
los grandes y los pequeños;  
dispónganse, que yo aguardo;  
mándenme, que yo obedezco;  
¡Si es la eterna pesadilla  
que turba todos mis sueños!  
¡Reconquistar la existencia  
y el honor! Mas despertemos,  
que el despertar... ¿quién no sabe  
cuántas veces fué sangriento?  
¿Cuántas madres no lloraron  
á sus pobres hijos muertos?  
Bajo Sforza, bajo Médicis,  
bajo Pazzi... ¡Qué recuerdos!  
¡Siempre Florencia nos hunde  
con su maza! No podemos...  
¿Qué dices? ¿Tú?
- REN.
- SEV.                    Si algún día  
se nos ofrecen momentos  
en los que luche Florencia  
con enemigos diversos,  
tan sólo entonces, no dudes  
de que la vencamos, Renzo.  
Prudencia, ¡mucha prudencia,  
mucha calma, y acechemos!
- ERC.            ¿Quién sabe si se aproxima  
la ocasión?
- SEV.                    ¿Por qué?
- ERC.                    Por esto:  
las tropas del rey de Francia  
sobre los Alpes vinieron,

y cruzan por Lombardía,  
cerca ya del campo nuestro.  
El mismo rey las dirige...

SEV. Pero es que vienen...

ERC. Por ruegos  
del Papa, de Ludovico.

SEV. Y ¿hacia dónde van?

ERC. Pues creo  
que sobre Nápoles marchan.

REN. Entonces, no te comprendo.

¿Van sobre Nápoles, dices?

ERC. Sobre Nápoles, sí; luego...  
sobre Florencia ¿comprendes?  
vendrán antes.

SEV. ¡Dios eterno!

ERC. ¿No sentís que corren aires  
más libres?

SEV. ¡Ercole! ¡Renzol

REN. ¿Qué resuelves? ¿Qué nos mandas?

SEV. ¡Que no perdamos el tiempo!  
A luchar.

REN. ¡A vida ó muerte!

SEV. ¡Por última vez!

LIP. ¡Silencio!

## ESCENA VI

SEVERO, RENZO, ERCOLE, LIPPO y PORCIA, *que trae en la  
mano un ramo de flores.*

POR. Yo no sé por qué será '  
que siempre os encuentro aquí.

REN. Pues... ¡casualidades!

POR. ¡Ya!

REN. ¿Por qué dices?

POR. ¡Ojalá  
que todas fueran así!

- SEV. Porcia...
- POR. Dispensad, señor,  
el de la cara severa  
y el de la triste color.  
¡Ya no puedo ni siquiera  
ponerte de buen humor!
- SEV. ¿A mí? Si sólo te pido  
seriedad...
- POR. ¡Bonitos modos!  
Y yo que nunca te olvido,  
y yo que los he querido  
con el corazón... á todos.  
Vaya, ¿tenéis arreglado  
algún asunto de Estado?  
Respóndeme (*á Severo*), ¿sale mal?  
(¡Oh! ¡lo mismo! ¡tan callado,  
tan callado! ¡siempre igual!)
- Ni una flor, ni un mal «hermosa.»  
Vaya, vaya, pues, señores...  
¡Pero yo... soy otra cosa!  
Es que...
- REN. ¡Sí! ¡Tomad mis flores!  
Me gusta ser generosa.
- POR. Es que tú...
- REN. Renzo... No... no.
- POR. Son para ti (*á Severo*), ¿quieres?
- SER. ¿Yo?
- POR. ¿Para mí? ¡Tú! (*Friamente.*)  
¡Yo, Severo!
- SER. ¿También me desprecias?
- POR. Pero...  
(¡Con qué frialdad me miró!)  
(*Yéndose sin dar las flores á ninguno y dando á  
entender su profunda contrariedad.*)

## ESCENA VII

SEVERO, RENZO, ERCOLE, LIPPO.

- REN.** Con qué delicadísima ternura  
te distinguió, Severo; ¿te enamora?
- ERC.** Cualquiera lo diría.
- SEV.** ¡Te aseguro!...  
Pero ya... respondedme: ¿qué me importa,  
cuando mi corazón y mi existencia  
debo á mi patria, y á mi patria sola?
- REN.** La ocasión anhelada se aproxima.
- SEV.** ¡Ay del que en torpe languidez se postra  
cuando en la torre la campana suena,  
cuando á rebato la campana toca!
- ERC.** Ya lo sabéis. En nuestro auxilio viene  
el rey de Francia.
- SEV.** Que sus nobles tropas  
no puedan contemplarnos con desprecio,  
si nos ven soportar nuestra deshonra.  
Que á su valor nuestro valor conteste,  
que á su clarín nuestro clarín responda.  
Que cuantos gimen bajo el torpe yugo  
de miserable esclavitud, lo rompan.
- REN.** Es preciso que el pueblo se despierte,  
que se animen las turbas, que nos oigan.
- ERC.** ¡Sí!
- LIP.** ¡Bien!
- SEV.** ¿El pueblo? escucha. No es posible  
que sacuda su calma vergonzosa,  
ni la costumbre de vivir esclavo,  
ni el miedo misterioso que le asombra,  
sin que la conmoción que le despierte  
no le estremezca las entrañas todas,

sin que adivine lo que vale el triunfo,  
lo que puede costarnos la derrota.

REN.

¡Sí! ¡sí!

SEV.

¡Porque si el pueblo se arrepiente  
y después de luchar nos abandona!...

REN.

Pero... ¿qué nos propones?

SEV.

¿Qué propongo?

REN.

¡Que matemos á Spínola! ¡Ya es hora!

SEV.

¡Tienes razón! ¡Nuestro deber lo manda!

Los que arrastran cadenas vergonzosas,  
los que murieron sin hallar justicia,  
los desterrados, todos nos lo imploran.

ERC.

¡Oh! ¡sí! ¡sí!

SEV.

Quien le hiera, que le mate  
sin piedad.

REN.

¡Sin piedad!

SEV.

Con mano pronta,  
con mano firme, ¿lo juramos?

LOS TRES.

¡Todos!

SEV.

¡No perdonarle, pues jamás perdona!

REN.

¡Sí!

SEV.

¿Lo juramos?

LOS TRES.

¡Todos!

SEV.

Que la daga  
se revuelva en la herida.

REN.

¡Sí!

SEV.

¡Qué gloria  
la del que pueda malherir su pecho,  
y burlarse, mofarse de su cólera!  
Aunque nuestros hogares, ó el descuido  
con que duerma tal vez... aunque la sombra  
del altar le proteja de nosotros,  
¿se detendrá la mano vengadora?

ERC.

¡No!

SEV.

Si todo su cuerpo se defiende  
bajo las duras placas de su cota,  
si bajo la visera de su casco  
sólo su rostro detestable asoma,  
¿heriremos su rostro? Respondedme.

REN.

¡Sí! ¡Lo juramos!

SEV.

¡Patria, tú que lloras,

tú no debes llorar! ¿No tienes hijos?  
 ¡tú nos conducirás á la victorial  
 Tú me amparas, ¿verdad? tú me bendices,  
 ¡y al torpe yugo tu cabezas doblas!  
 ¡Ah, pero yo lo romperé!

¡De fíjol

REN.

SEV.

¡Sí, por Dios!

REN.

Los instantes se malogran.

SEV.

¿Quién le perseguirá, quien el primero?

REN.

¡Yo!

ERC.

¡Yo!

LIP.

¡Yo!

SEV.

¿Quién, decidme?

ERC.

¡Quien escojas!

REN.

Soy el más noble.

SEV.

¿Sí?

ERC.

Yo soy más viejo

que ninguno.

SEV.

¡Pues todos se equivocan!

¿Quién podrá disputarme tal empresa,  
 ni compromiso tal, ni tanta gloria?

Si es preciso que el pueblo nos secunde,  
 si es verdad que me quiere...

REN.

¡Que te adora!

SEV.

Si yo muriera, responded, el pueblo,

¿será difícil que á la lucha corra?

ERC.

¡No, no! Tienes razón.

SEV.

¡Si yo muriese,

yo sé que sobre el suelo de mi fosa

la sangre vengativa que corriera,

corriera en ríos, se encrespara en olas!

Y vosotros...

REN.

¿Lo dudas?

SEV.

¿El infame?

REN.

¡Sí! ¡Morirá!

ERC.

¿Lo dudas?

SEV.

¡Qué zozobra!

REN.

¿Temes?

SEV.

No.

ERC.

¡Lo juramos!

SEV.

Yo quisiera

jurar...  
 LOSTRES. ¡Sí!  
 SEV. De manera tan notoria...  
 LOS TRES. ¡Sí!  
 SEV. Tan indestructible...  
 LOS TRES. ¡Sí!  
 SEV. Tan fuerte...  
 LOS TRES. ¡Sí!  
 SEV. ¡Que ni aun Dios el juramento rompa!  
 (*Oyese dentro la campanilla del Vidtico.*)

### ESCENA VIII

(FRAY ANTONIO aparece como volviendo de administrar el Vidtico, con el copón en las manos. Precédele un niño con un farol encendido y siguenle varios fieles con hachas encendidas también.)

REN. Oye... (*Vuelve á sonar la campanilla.*)  
 SEV. ¡Sobre Dios mismo que nos busca!  
 ERC. ¡Tienes razón!  
 LIP. ¿Qué intentas?  
 SEV. Aguardadme.  
 ¿Quién es? No lo distingo.  
 REN. ¡Fray Antonio!  
 SEV. ¡Ah! También sufre mucho. ¡Padre! ¡padre!  
 FR. A. ¿Qué? (*Separándose de la comitiva, que se detiene, y aproximándose á Severo y sus amigos.*)  
 SEV. Dos palabras.  
 FR. A. Pero...  
 SEV. Dos palabras.  
 ¿Nos conocéis? de fijo!  
 FR. A. Como nadie.  
 SEV. La salvación de Pisa...—¿quién no llora tanta calamidad, tantos ultrajes?—nos une...  
 FR. A. ¿Cómo?  
 SEV. Si queréis mostrarnos

y extender á nosotros vuestro cáliz...

FR. A. Pero... ¿queréis?...

REN. ¡Jurar!

SEV. ¡Sobre Dios mismo!

FR. A. ¿Sí?

TODOS. ¡Sí!

FR. A. Dios dice al hombre: «no me llames,  
no me invoques en vano.»

ERC. } ¡Lo sabemos!

REN. }

SEV. La patria nos lo exige.

FR. A. ¿Pisa? ¡Bastel!

¡Jurad, pues! (*Extendiendo hacia ellos el copón  
solemnemente.*)

LOS CUAT. ¡Lo juramos! ¡lo juramos!

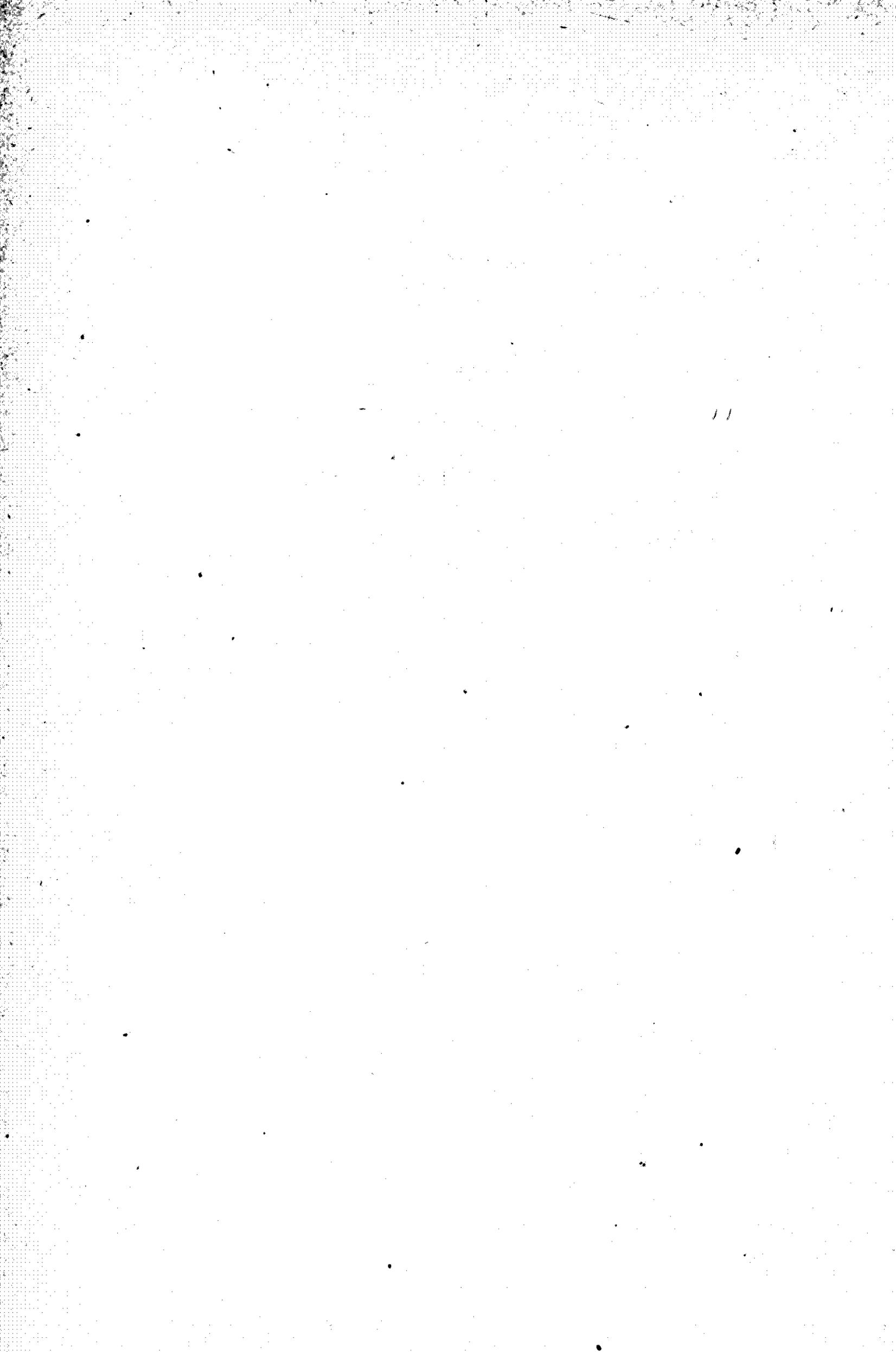
*Doblan la rodilla derecha y extienden las diestras  
hacia Fray Antonio.*

FR. A. ¡Que os bendiga el Señor!

SEV. ¡Él nos ampare!

*(Levántanse los caballeros y se estrechan mutua-  
mente las manos. Fray Antonio se incorpora á  
la comitiva, dirigiéndose hacia la capilla. Ade-  
lantan los fieles y suena otro campanillazo.  
Cuadro.*

TELÓN LENTO



# ACTO SEGUNDO

---

Un salón en el palacio Torelli. Muebles severos, tapices sombríos,  
armaduras y retratos.

## ESCENA PRIMERA

JUAN BAUTISTA *sentado en un gran sillón* y DOÑA PÍA *de pie, delante de él.*

JUAN. Nada. No. La culpa es mía  
y de veras me arrepiento.  
¡No pisaré más las calles,  
ni aun del brazo de Severol  
¡Tanta mengua me enloquece!  
¡Qué terrible vilipendio!  
¿Lo ves? Tan sólo contigo  
dichas y reposo encuentro.  
¡Contigo, que me adivinas  
las penas! ¿Estoy enfermo?  
¿Qué me importan mis dolores  
si me quieres? ¡Ya estoy bueno!

PÍA. ¡Infeliz!

JUAN. Díme, ¿quién vino  
en mi ausencia?

PÍA. Pues... vinieron

- diez ó doce desterrados,  
 todos con el mismo empeño  
 de verte. Como que saben  
 que fuiste siempre tan bueno.
- JUAN. ¡Desterrados! ¡Todavía  
 más desterrados! ¡No puedo!  
 ¡Mis recursos ya se agotan  
 y es urgente socorrerlos!  
 ¡Infelices!
- PÍA. Sin embargo,  
 no te preocupes por eso.  
 En sus tímidas miradas  
 adiviné sus tormentos,  
 y con las manos vacías  
 ninguno salió.
- JUAN. ¡No entiendo!  
 ¿Qué nos queda ya?
- PÍA. La suerte  
 les fué propicia.
- JUAN. ¿Qué has hecho?  
 PÍA. No te ocupes de mis pobres  
 caridades... te lo ruego.  
 Si no cambia nuestra angustia,  
 si es nuestro pesar eterno,  
 ¿para qué, dí, me servían  
 alhajas que nunca ostento?  
 Y los pobres desterrados  
 han salido bendiciendo  
 tu nombre.
- JUAN. ¿Cómo podría  
 describirte lo que siento?  
 ¿Quién se cura de mis penas?  
 Con lástima ven al viejo  
 que padece resignado  
 los males que yo padezco.  
 Es verdad. ¡Soy un cautivo  
 en mi propia patria! Pero...  
 quien logre ver realizados  
 sus mejores pensamientos:  
 el monje humilde que sueña  
 con ser Papa, y llega á serlo,

el pobre desheredado  
que vive de aventurero  
y recobra de improviso  
nombre, honor, fama, derechos,  
envidiarían mi suerte  
cuando en tus brazos me entrego.

PÍA.

Sólo aspiro á ser esclava  
del deber.

JUAN.

¡Cómo te quiero!  
Cuando en la vida que llevas  
junto á mis dolores pienso,  
de pronto, me oprime el alma  
un tenaz remordimiento.  
Cuando por la vez primera  
te vi y á la par el cielo,  
—que no distinguió mi vista  
quién era de quién reflejo,—  
era tu gentil figura,  
más que un primor, un portento,  
y tus años no llegaban  
ni aun á veinte... ¡Qué risueños  
horizontes! ¡Qué destinos  
los de tu vida tan bellos!  
Ignorabas mi fortuna,  
mi estirpe, mi nacimiento,  
y mis años ya pasaban  
de treinta. ¡Bien lo recuerdo!  
Yo te miré, y á las mías  
tus miradas respondieron  
sin reparar en la nieve  
que, á pesar de tanto fuego,  
no sé por dónde, venía  
á enredarse en mis cabellos.  
Pronto el hacha del tirano  
dió fin al idilio... y luego  
¡ni las risas, ni las horas  
de felicidad volvieron!

PÍA.

¡Ay!

JUAN.

Después, ¿cómo viviste  
desde el infausto momento  
en que, ultrajado y vencido

por un perdón sin ejemplo,  
 vine á ocultar mi vergüenza  
 y á llorar sobre tu seno?  
 Encerrada entre estos muros,  
 cerca del soldado viejo  
 perdido para su patria,  
 desengañado y enfermo,  
 tú consuelas mis pesares,  
 como los tuyos eternos.  
 Hay flores,—también las flores  
 tienen alma,—que si el viento  
 caprichoso las arroja  
 sobre los tupidos hierros  
 de la medrosa ventana  
 de un calabozo siniestro,  
 desdeñan del sol radiante  
 los magníficos destellos,  
 de la brisa embalsamada  
 los arrullos y los besos,  
 y dedican el encanto  
 de sus aromas intensos  
 á calmar los infortunios  
 de los infelices presos.  
 Y en este palacio, cárcel  
 de mis hondos sufrimientos,  
 eres tú la flor piadosa,  
 ¡y yo soy el prisionero!  
 Basta, basta. Me avergüenzas;  
 junto á tí, lo mismo lejos,  
 por mi cansada memoria  
 cruzan iguales recuerdos.  
 Los de la hermosa mañana  
 cuando, al salir de aquel templo,  
 tus miradas amorosas  
 y ardientes me sedujeron.  
 Y entonces yo, seducida  
 por tus impacientes ruegos,  
 no fuí, porque no quisiste,  
 juguete de tus deseos.  
 ¡Y á tu altura me elevaste!  
 ¡Ah! Por Dios... ¡eres mi dueño!

PÍA.

JUAN. Pide mi sangre, mi muerte,  
mi vida. ¡Yo te las debo!  
Ya de sobra me has pagado  
con ser madre de Severo.

PÍA. (¡Ella! ¡Dios mío!)

JUAN. Te lo juro  
por mi amor. Siempre que pienso  
en que es tan noble, tan bravo,  
tan generoso y tan bueno,  
le admiro, porque las ansias  
de tu amor así lo han hecho.  
¿No he de ser agradecido?  
Mas ¿por qué guardas silencio?  
¡Si es natural que te quiera  
más que á mí! ¡Si lo comprendo!  
¡Si es el fruto de tus altos  
y admirables pensamientos,  
de tus afanes continuos,  
de tus continuos desvelos!  
¡Si le has nutrido cien veces  
con el jugo de tu pecho  
y con la vida del alma,  
que aún es más, al mismo tiempo!  
¡Oh! ¡Calla, por Dios!

PÍA.

JUAN.

¿Que calle?

¡No puede ser!

PÍA.

¡No merezco!..

Permite que te abandone  
un instante, porque aún tengo  
que remitir más socorros  
á los desterrados. ¡Vuelvo!

JUAN.

¡Dios te pague con la gloria  
tanto bien como te debo!

(*Le besa las manos.*)

## ESCENA II

JUAN BAUTISTA y SEVERO

JUAN. ¡Sigue tu senda, mujer,  
que al fin tu premio hallarás!  
(*Dirigiéndose á Severo, que entra.*)  
¿Llegas? Tardaste en volver.  
¡Mira! Siempre que te vas  
te quisiera detener.

SEV. ¡Padre! (*Con gran exaltación.*)

JUAN. ¿Qué? Tu mano fría  
tiembla.

SEV. ¡Vencer ó morir!

JUAN. ¿Qué dices?

SEV. ¿No ves lucir  
en mis ojos la alegría,  
la esperanza, la ilusión?  
Una vez nuestro tirano  
quiso levantar su mano  
y concederte perdón.  
Y en aquel terrible instante  
en que el vil te perdonaba,  
mientras que su voz gritaba,  
cada vez más arrogante  
tu acento, firme y seguro,  
de tu voluntad, le dijo:  
«Tirano, ¡si tengo un hijo  
me vengará! ¡Te lo juro!»  
¡Padre! Se acerca el momento  
en que las gentes vendrán  
á buscarte, y te dirán:

JUAN. «¡Se cumplió tu juramento!»  
SEV. ¡Hijo! ¡Por Dios! ¡Mucha calma!  
Pués qué, ¿no llevo tu nombre?  
¡Nació el hijo, y es ya un hombre

con ofensas en el alma!  
El mismo pueblo, que oyó  
tus amenazas, dirá,  
si tardo, que es tiempo ya  
de que las recuerde yo.

JUAN.

¿Qué pretendes?

SEV.

¡Padre!

JUAN.

¿Qué?

SEV. •

¿Qué? ¡Matarle! Verle muerto  
á mis plantas. ¡Y te advierto  
que sobre Dios lo juré!  
Que en su justicia confío.

Somos cuatro, nobles, fuertes.

¡Ah, pero, de todas suertes,  
será el primer golpe el mío!

¡Vieras antes apagada  
la luz del sol, seco el mar,  
que conseguir esquivar  
su pecho mi puñalada!

¿Me comprendes? (*Transición.*) ¿Me condenas?

JUAN.

¡Yo, jamás! ¡Si así te quiero!

¡Ah! Si es mi sangre, Severo,  
la que corre por tus venas;

si tú sientes mis agravios

porque mi sangre los dice;

¡si soy yo quien los maldice

al maldecirlos tus labios!

SEV.

¿Temes? ¡Padre!

JUAN.

¿Yo temer?

SEV.

¿Tiembblas?

JUAN.

Jamás he temblado.

SEV.

¡Padre, padre!

JUAN.

¡Lo has jurado!

¡Hijo, cumple tu deber!

(*Mostrándole los retratos y armaduras que deco-  
ran el salón.*)

Mira: ¡tus abuelos! ¡Más!

Míralas: ¡sus armaduras!

¡Ay de ti si en balde juras,

si te arrepientes...

SEV.

¡Jamás!

- JUAN. Si no imitas sus hazañas,  
si dudas ó si perdonas,  
si tanto nos ilusionas  
y luego nos desengañas.
- SEV. ¡Oh, jamás! ¿Quién representa  
sus nombres, sus glorias, quién?
- JUAN. Son mis padres, y también  
les ha dolido mi afrenta.  
Ellos vienen á llorar  
contigo mis amarguras.  
¡Oh! Mira sus armaduras,  
¡algo las hace vibrar!  
Ten arrojo y osadía.  
¡No dudes!...
- SEV. ¡Yo! ¡Bueno fueral  
¡Padre, si aunque lo quisiera  
mi madre, si no podría!
- JUAN. ...porque al cumplir mi amenaza,  
si en tu brazo de repente  
hay más vigor, es que siente  
el de toda nuestra raza.
- SEV. ¡Bendíceme, pues!
- JUAN. ¡Dios mío!  
Tú que dejas que el volcán  
lance sus lavas, que van  
corriendo en ardiente río;  
Tú, Señor, debes querer  
que los que sufren el yugo  
del más infame verdugo  
lo puedan al fin romper.  
Bendice la voluntad  
del que quiere con su acero  
devolver á un pueblo entero  
su honor y su libertad.  
¡Es el hijo que lloró  
con hiel y sangre mi llanto!  
¡Bendícelo tú, Dios santo,  
como lo bendigo yo!  
Por la angustia, la inquietud  
y las negras agonías  
de tantos y tantos días

de infamante esclavitud;  
 por los que miran los fueros  
 de su dignidad burlados;  
 hijo, por los desterrados,  
 por los pobres prisioneros,  
 por las grandes esperanzas  
 que nuestro afán acaricia,  
 por los que piden justicia  
 y sólo encuentran venganzas,  
 ¡en nombre de todos, yo  
 te quisiera bendecir!!...

SEV. ¡El hijo sabrá cumplir  
 lo que su padre juró! (*Se abrazan*).

### ESCENA III

JUAN BAUTISTA, SEVERO y DOÑA PÍA.

JUAN. ¡Tu madre!  
 PÍA. ¿Qué has dicho? ¿qué?

¡Severo! Callas; ¿qué intenta?

JUAN. ¡Cuéntalo!

SEV. ¡Padre!

PÍA. ¡Sí!

JUAN. Cuenta,  
 que yo te defenderé.

SEV. ¡Si es mi madre!

JUAN. Pues por eso.

Para el peligro en que vas  
 á empeñarte, vale más  
 que mi bendición su beso.

PÍA. ¡El! ¡Tú! ¿Qué ocurre? ¿Quién dijo  
 que tú...

JUAN. No dudes. Pretende  
 castigar á quien le ofende  
 y vengar como buen hijo

á su patria y á su padre  
y á su honor...

PÍA.

¡Vengar! ¿Vengar?

Pero ¿qué intentas?

SEV.

¡Matar

á Spínola!

PÍA.

¡Nunca!

SEV.

¡Madre!

PÍA.

¡Nunca, por Dios!

JUAN.

¿Pues no acabas

de alentar á tanta gente?...

PÍA.

¡Por Dios!

JUAN.

¡Tu grito desmiente

la entereza que demostrabas!

SEV.

¡La dignidad de los dos

me lo ordena y el deber!

JUAN.

¿Lloras? ¡Ay! ¡Al fin mujer!

SEV.

¡Es necesario!

PÍA.

¡Por Dios!

JUAN.

Pero dí, ¿no dabas antes

tus joyas, y no te dije?...

PÍA.

¡Sí!

JUAN.

¡Pues bien, Pisa te exige  
algo más que tus brillantes!

PÍA.

*(A Severo.)* Y tú ¿no ves mi tormento?

SEV.

¡Sobre Cristo lo juré!

PÍA.

¡Hijo!

SEV.

¡Madre! Cumpliré,  
¡cumpliré mi juramento!

PÍA.

*(A Juan B.)* Déjanos. Quiero llamar  
á su corazón.

JUAN.

No esperes.

*(¡Infeliz! ¡Y tú, que quieres  
y que no quieres llorar!)*

SEV.

¡No es posible que me pare  
á medio camino andado!

JUAN.

¡Si Dios lo tiene mandado!

PÍA.

¡Solos ya! ¡Que Dios me ampare!

## ESCENA IV

DOÑA PÍA y SEVERO.

PÍA. ¡Oye!

SEV. ¿Qué, madre?

PÍA. ¡Dí! ¿Me quieres? ¡Oye!

Spínola es un monstruo, no lo niego;  
 al escuchar su nombre miserable,  
 de escucharlo tan sólo me estremezco.  
 Sus triunfos y sus crímenes ofenden,  
 más que á los mismos hombres, á los cielos.  
 La muerte más horrible no sería  
 pena para sus culpas. ¡Le aborrezco!  
 Y, sin embargo,—mide mis palabras,—  
 te vale más que vivas como un perro,  
 que de tu fe te apartes, que sucumbas  
 presa de los martirios del infierno;  
 todo, ¿comprendes bien? ¿comprendes? antes  
 que ni toques, siquiera, sus cabellos.

SEV. ¡Ah! ¡Me espantas!

PÍA. Llegó, por fin, la hora  
de revelar el lúgubre secreto.

¡Muros, caed, caed y sepultadnos  
 si me queréis librar de mi tormento!

SEV. ¡Madre! ¡Por Dios, por Dios!

PÍA. ¡Hijo del alma!

¡Ah! No me quieres.

SEV. Más que nunca. Pero,  
madre, lo sabes ya, sobre Dios mismo  
hace poco presté mi juramento.

Y al compromiso irrevocable y justo  
 ¿podré faltar?

PÍA. ¡Sí!

SEV. ¡No, madre, no puedo!

PÍA.

¡Sí!

SEV.

¡No, no! ¿Por qué tiemblas? ¿No respondes?  
¡Ah! ¿por qué tiemblas? Dime.

PÍA.

¡Dios eterno!

¡Ah! Tú no sabes, hijo, no comprendes;  
aplaca tu rencor y tu desprecio.

Yo no sé qué decirte. ¡No! ¡La angustia  
¡ay! me destroza el corazón, ¡Severo!

Aquel perdón rarísimo, ¿no sabes?  
aquel perdón que surge del misterio...

¡El verdugo!... ¡Torelli solamente  
salvado!

SEV.

¡No, no, no! Si no lo créo.

¡No, madre mía, no!

PÍA.

Sí, ¿te retuerces

las manos? ¡tiemblas ya! ¡vas comprendiendo!

SEV.

¡Oh! ¡Monstruoso, madre!

PÍA.

Sin embargo,

todo lo que sufrí debes saberlo.

Siempre las amenazas, las cadenas  
y los verdugos siempre, ¡qué recuerdos!

Estaba como loca. ¡No tenía

ni á quien volver los ojos en mi duelo!

¡Qué ley! ¡Qué horror! ¡La muerte al que conspire!

¡Qué infamia! ¡Qué crueldad! Y estaba preso.

En balde separé la dura mano

del vil esbirro que llegó primero.

¡Eran tan fuertes! ¡Me dejaron sola!

Y entonces mi aterrado pensamiento

sólo supo vivir atormentado

por una aspiración, por un deseo.

¡Ver al infame! ¡Demandar clemencia!

¡Llorar; cubrir sus manos con mis besos!

¡Oh!

SEV.

¡Me despedazaban mis dolores!...

PÍA.

¡Oh! ¡Basta ya!

SEV.

PÍA.

Y en mi suplicio horrendo

ni tuve previsión, ni tuve calma,

ni al gibelino distinguí del güelfo.

¡Oh, sí! ¡Mi afán necesitaba verle!

¡Ver á Spínola!

SEV.

¡Madre!

PÍA.

¡Y aún le veo!

¡Y en su trono! Diabólica sonrisa  
vagando está sobre sus labios gruesos,  
de un gran collar magnífico de oro  
va la siniestra mano suspendiendo,  
y cuando, medio muerta, ya rendida  
por el cansancio del inútil ruego,  
ante sus plantas me postré de hinojos,  
«Eres hermosa» respondió su acento.  
Al escuchar sus cínicas palabras,  
yo no sé qué me levantó del suelo.

SEV.

¡Oh! ¡Miserable!

PÍA.

¡Sí! Y el miserable,  
acercándose á mí, siguió diciendo:  
«Mañana, ya lo sabes, á la aurora,  
con las manos atrás, desnudo el cuello,  
subirán al patíbulo tres hombres.  
Ya sus sentencias publiqué. De lejos,  
desde muy lejos llegarán las gentes  
para mirar el fin de sus tormentos.  
Dos morirán ¡de fijo! Sobre el otro  
verás también el hacha. ¿Tiemblas? Pero...  
el hierro no caerá, si tú no quieres...»

SEV.

¿Y el hierro no cayó?

PÍA.

¡No cayó el hierro!

SEV.

¿Y no cubrió la tierra tal infamia?

PÍA.

Hijo, debí matarme, lo comprendo;  
mas, ya lo sabes, le salvaba; quise  
volverle á ver y castigarme luego.  
Tan sólo por mi amor dudé cobarde  
y cuando, al verle, me gritó: «Si acepto  
la gracia que el tirano me dispensa,  
es por tí nada más...» ya ves, le quiero  
con tan profundo amor... que fui su esclava.  
Cuando le contemplé, vencido, enfermo,  
encerrar en los muros de esta casa  
los males de su espíritu y su cuerpo,  
me dijo el corazón: «¡Es necesario  
salvarle! ¡Vive!» y en aquel momento...

- SEV. ¡Hijo! Por Dios!  
 PíA. ¿Y entonces?  
 SEV. ¡Ay! Entonces  
 tú... ¿comprendes?  
 SEV. ¡Ay, madre, si comprendo!  
 ¿Y en el instante en que llegaba al mundo  
 aquel hijo infeliz del adulterio  
 no tuviste valor?... (*Indicando la acción de ahogar.*)  
 PíA. ¡Oh! ¡Soy tu madre!  
 SEV. ¡Piedad! ¡piedad!  
 SEV. ¡Perdón! ¡Ay! Enloquezco.  
 Escucha. La conciencia me abandona,  
 todo mi ser desgárrase por dentro,  
 la sangre de mis venas me repugna,  
 y de mi propia carne me avergüenzo.  
 Hijo suyo. ¡No! ¡no! ¿Yo, del infame?  
 ¡Y el otro tan magnánimo, tan bueno!  
 ¡El por hijo me quiere, madre mía!  
 ¡Y él es, él es mi padre verdadero!  
 ¡Con qué dulce cariño, descuidado,  
 abrigaba la víbora en su seno!  
 ¡Y mis besos de niño! ¡Tantas veces!  
 ¡Si alguna vez supiera mi secreto!  
 ¿El? ¡Jamás!  
 PíA. ¡Oh! ¡Jamás!  
 SEV. ¡Si lo supiera  
 vomitaría con horror mis besos!  
 ¡Ay! ¡Perdón, madre, que tu culpa es leve  
 para tanto castigo!  
 PíA. ¡No, Severo!  
 SEV. ¡Y vosotras, efigies venerables  
 (*Dirigiéndose á los retratos y á las armaduras.*)  
 de mis antepasados, mis abuelos,  
 siempre vuestras miradas me seguían  
 con visible rencor en otros tiempos.  
 Entonces era niño, y á menudo  
 os contemplaba con amor. ¡Comprendo!  
 ¡Y vosotras también, las armaduras!...  
 Del hierro duro, por los raros huecos,  
 brotaban maldiciones y sollozos  
 y vivo resplandor de luz de infierno.

¡Maldiciones y rayos! ¡Oh, ¡Torellis!  
 Desde la negra costa de los muertos  
 vuestros progenitores se escapaban,  
 al ladrón y al intruso maldiciendo.  
 Sí; ladrón de mi nombre, del escudo  
 que en mis anillos y en mi espada llevo,  
 hasta de las monedas miserables  
 que tantas veces prodigué risueño,  
 y en las que el rostro de mi padre, horrible,  
 coronado se ve, como Tiberio.  
 ¡Y es natural, quien nace de asesino  
 para ser un ladrón tiene derecho!

PÍA.  
 SEV.

¡Dios mío!  
 ¡Redoblad vuestras miradas;  
 vuestra furia! ¡Ya todos lo sabemos!  
 ¿Y mi fama? ¡Dios mío! ¡Cuántas veces,  
 y cuántas, al volver de mis pasões,  
 mujeres con amores y entusiasmos  
 «Abrazad á mis hijos,» me dijeron.  
 ¡Y me saludan todos! ¡Infelices!  
 ¡Estoy leproso! ¡Mancho y escarnezo!  
 ¡Apartaos! ¡La sangre que me hiela  
 es sangre de serpiente! ¡Sí! ¡no miento!  
 ¡Es sangre de Barnabó! Los humildes  
 que me miráis con cándido respeto,  
 buscad piedras. ¡Tirad! ¡Estoy leproso!  
 ¡Apedradme! ¡Quebrantad mis huesos!

PÍA.

¡Ah! ¡Por piedad! ¡No sabes lo que dices!  
 ¡La razón te abandona! ¡Tengo miedo!

SEV.

¡Ay! ¡Te perdono, madre! ¡Que tan solo  
 por impulsos de amor pudiste hacerlo!

PÍA.

¡Hijo de mis entrañas! ¡Obedece!  
 Te separo del crimen... ¡Y á qué precio!  
 ¡Cambié tu amor por odio! Sin embargo,  
 era preciso. ¡Justo! ¡Desfallezco!  
 ¡Tú parricidal! ¡No!

SEV.

¡Sobre Dios mismo  
 hace poco presté mi juramento!

PÍA.

¡Hijo!

SEV.

¡Madre! ¡Jamás!

PÍA.

¡Ay! ¡No me quieres!

¡Por Dios!

SEV.

¡Madre! ¡Piedad!

PÍA.

¡Por Dios, Severo!

*(Arrodillándose á los piés de su hijo.)*

SEV.

¡Y aún dudo! ¡madre! ¡Dios! ¡Mándame un rayo!  
¡El rayo mata, pero alumbra al menos!

TELÓN RÁPIDO

# ACTO TERCERO

Una calle cerca del *Duomo*. En medio de la escena un león de piedra sobre su pedestal, en el que se ven escritas con carbón estas palabras: *Muera Spínola*. Palacios á derecha é izquierda. Es á la hora de la puesta del sol.

## ESCENA PRIMERA

RENZO, ERCOLE, LIPPO, *hombres y mujeres del pueblo.*  
(*Al levantarse el telón la gente del pueblo rodea el león, enseñándose unos á otros la inscripción del pedestal y riéndose á carcajadas.*)

HOM. 1.º León caduco y cobarde  
ruge, ¡si puedes!

HOM. 2.º ¡Que muera  
Spínola!

LA TUR. ¡Muera Spínola!

HOM. 2.º ¿Y en todos la misma ofensa?

HOM. 1.º En todos los pedestales  
de los leones de piedra,  
y sobre el inmenso lomo  
de mármol del que se ostenta,  
como un monarca, en el atrio

- de la catedral.
- HOM. 3.º Las letras  
son enormes.
- HOM. 1.º Pues en todos  
son iguales.
- HOM. 2.º Piedras, piedras;  
¡á tí, florentino... güelfo  
tirano!
- HOM. 1.º ¡Seguidnos! ¡Muera!  
¡Á la catedral! Seguidnos.
- LATUR. ¡Pronto! Vamos.  
*(Salen en tumulto. Durante un rato se deben oír  
sus voces, que se van perdiendo en la distancia.)*
- REN. ¡Qué imprudencial  
¡Pueden perdernos!
- LIP. Spínola  
redoblará con las penas  
las asechanzas.
- REN. ¡Oh! Siempre  
el pobre pueblo se deja  
llevar como un niño.
- LIP. ¡Mira  
si corren!
- REN. ¡Los que vocëan!  
Sus roncos gritos parecen  
lejano rugir de fieras;  
las luces de las antorchas  
con que rasgan las tinieblas,  
trémulos rastros de sangre  
que sobre las sombras quedan.  
¡Son más cada vez!
- ERC.  
LIP. Ya doblan  
la esquina.
- REN. Sí. Ya se alejan.  
Y luego, cuando se acaban  
las situaciones burlescas,  
y para cambiar el paso  
nuevos personajes entran  
que contra sus voces tienen  
el silencio de la fuerza,  
cuando las temidas lanzas

de Barnabo la rodëan,  
 huye la gente lo mismo  
 que los rebaños de ovejas.  
 ¿De qué servirán las manos  
 más fuertes que no obedezcan  
 solamente los serenos  
 dictados de la cabeza?  
 La verdad es que si frustran  
 nuestro plan...

## ESCENA II

DICHOS y SEVERO (*absorto en sus meditaciones*).

SEV.

(¡Tarde funesta!  
 ¡Noche horrible! ¡Cuántas sombras!  
 ¡Él mi padre!... ¡Si pudiera  
 morir!... ¿Cómo, si he jurado  
 lo que juré?)

REN.

¿Quién se acerca?

Severo.

SEV.

¡Vosotros!

ERC.

Mira.

(*Enseñándole el ¡Muera Spínola! que aparece en  
 el pedestal.*)

SEV.

¿Qué?

LIP.

¡Mira!

SEV.

¡Maldito sea

quien así nos compromete  
 con tamañas ligerezas!

REN.

Furioso por tanto ultraje,  
 ya veréis cómo se venga  
 y con qué crueldad Spínola  
 de amenazas y de ofensas.  
 Profanar estas efigies,  
 ¿no es insultar á Florencia?  
 Diez hombres ha detenido,

y con su escolta los lleva  
por las calles, proclamando,  
si es que no se le presentan  
los culpables, que mañana  
rodarán las diez cabezas.

- SEV. ¡Oh! ¡No es posible!
- REN. ¿Qué haremos?
- SEV. Quien así tira la piedra,  
y luego esconde la mano,  
es un vil.
- REN. ¡Cuánta vergüenza!
- LIP. ¡Diez víctimas!
- SEV. ¡No es posible!
- ERO. ¡Oh! ¡No es posible que mueran!
- LIP. Pero ¿qué hacer?
- SEV. ¡Calla! ¡Vienen!
- REN. ¿Quién?
- REN. Spínola se acerca.  
(¡Él! ¡Y tendré que mirarle!)
- SEV. ¡Prudencia! ¡Mucha prudencia!
- REN. No olvidemos que podría  
costarnos cara la fiesta.  
¡Ya viene!
- ERC. (¡Si no le mato!...)
- SEV. Mira, Severo.
- LIP. ¡Ya llega!
- REN.

### ESCENA III

DICHOS y BARNABO SPÍNOLA, EL ALGUACIL MAYOR,  
soldados, prisioneros, gente del pueblo que los sigue y entra  
dando voces. (Cuadro muy animado.)

- ALG. ¡Guardias! Barred esas gentes  
á lanzadas, y que callen.
- SEV. (¡Él!)
- ALG. ¡Aquí los prisioneros! (Junto al pedestal.)

SEV.  
REN.  
SEV.

(¡Él! ¡Nunca! ¡Soñó mi madre!)  
¿Tiemblas? ¿Qué tienes?

¿Yo? ¡Nada!

(Que no lo sospeche nadie.  
¿Qué miro? ¡Nos parecemos!  
¡Oh! ¡si pudiera matarle!  
¡Y es él quien nos tiraniza!  
¡Y es mi padre! ¡y es mi padre!

BAR.

(*Entra, coincidiendo con las anteriores palabras de Severo, armado de punta en blanco, y le rodean guardias con alabardas. Es completamente de noche. Varios hombres de la comitiva de Spínola llevan antorchas encendidas.*)

Por última vez, sabedlo,  
vosotros que me escucháis,  
que veis en estos leones  
el símbolo noble y grande  
de mi poder. En sus anchos  
y robustos pedestales  
letras enormes publican  
propósitos miserables.  
Florenxia, no mi persona  
es quien sufre tal ultraje,  
¡y vive Dios, que Florenxia  
no los sufre de cobardes!  
De diez cabezas dispongo,  
que á diez leones osasteis.  
Ley del Tali6n. Si mañana  
el vil que traiciones hace  
y entre las sombras se oculta  
su traici6n no delatare,  
rodar6n las diez cabezas,  
lav6ndola con su sangre.  
S6lo diez horas aguardo,  
que son ya tiempo bastante.  
Si entre vosotros se encuentra  
el traidor, ¡que salga y hable!  
(¡Dios me inspira, y de seguro  
no puede impedirlo nadie!  
¡Salvo á diez hombres y muero!)

SEV.

- BAR. ¡Spínola!  
 SEV. ¿Qué?  
 SEV. Delante  
 de ti, sin temer tu furia,  
 tienes por fin al culpable.  
 ¡Soy yo!  
 BAR. ¡Tú! (¿Qué es lo que intenta?)  
 SEV. Soy yo. Me delato. Mátame.  
 LA TUR. ¡Ah!  
 ERC. No es posible.  
 REN. ¡No, pero  
 pretende sacrificarse!  
 LIP. ¡Qué corazón!  
 REN. ¡Siempre el mismo!  
 (El alguacil se dirige hacia Severo, para detenerle.)  
 BAR. Aguardad, sólo un instante,  
 señor alguacil.  
 ALG. Confiesa  
 que fué su mano...  
 BAR. Soltadle.  
 (A Severo.) Tú no fuiste.  
 SEV. ¿Cómo?  
 BAR. ¡Mientes!  
 SEV. (¡Y no poder arrancarle  
 la lengua!)  
 BAR. ¡Mientes!  
 SEV. ¡No miente!  
 BAR. ¡Sólo tratas de engañarme!  
 Tienes valor; demasiado.  
 ¡Quieres que no se derrame  
 la de los diez inocentes,  
 y das en cambio tu sangre!  
 Es inútil. No me sirven  
 abnegaciones tan grandes.  
 Voy persiguiendo las huellas  
 del verdadero culpable;  
 quiero castigar perfidias,  
 nunca generosidades.  
 SEV. ¡Spínola! ¡Que no miento!  
 BAR. ¡Mientes!  
 SEV. Soy yo... pronto... ¡mátame!

**BAR.** Digo que no. Ten más calma,  
y haz el favor de escucharme.  
(*Acercándose á Severo.*)  
¡Me aborreces! ¿Quién lo duda?  
¡Y es natural que te pague!  
¡Te desprecio! Si te salvo,  
déjame, pues, que te salve.  
¡Domina tus imprudencias!

**SEV.**

**BAR.**

¡Nunca!  
(*Al oído de Severo.*) (¡Si debes callarte!  
Porque si quiero, ¿comprendes?  
tu nombre y el de tus padres  
y tu honor...)

**SEV.**

**BAR.**

¡Callad!

(Si quiero..)

(*Al pueblo.*)

¡Miente! ¡Pedidle que hable!

**SEV.**

**BAR.**

(¡Dios mío! ¡Jesús!)

Confiesa

que mintió. Que se delate,  
que salga de su misterio  
quien se precia de injuriarme.  
Sólo diez horas le aguardo;  
seguid todos adelante.

(*Al alguacil.*) Vamos, pronto, que ya es hora  
para la fiesta. (*A Severo.*) ¡Ya sabes!

(*Al pueblo.*)

Quedad con Dios. (*Al alguacil.*) Si esas gentes  
se obstinan en molestarte,  
no dudes, y con las lanzas  
vé despejando las calles.

(*Salen Spínola y su comitiva, y síguelos el pueblo.*)

## ESCENA IV

SEVERO, RENZO, ERCOLE, LIPPO.

- REN. ¿Qué te dijo?  
 ERC. ¿Qué te dijo?  
 SEV. ¡Callad!  
 LIP. Pero...  
 SEV. Sabed sólo  
 que sus malditas palabras  
 acrecentaron mis odios.
- LIP. ¿Y esos diez?  
 ERC. ¡Es imposible!  
 LIP. ¡Oh! ¡Que muera! ¡muera!  
 REN. ¡Locos!  
 LIP. ¡Esta misma noche!  
 ERC. ¡Vamos!  
 REN. ¡Prudencia!  
 LIP. ¡Calla!  
 REN. ¡Y aplomo!  
 Que cuando reciba el golpe  
 no se burle de nosotros.  
 He conspirado con suerte  
 y de matarle respondo.  
 ¡Quizás hoy mismo!
- LIP. ¿Qué dices,  
 Renzo?
- SEV. (¡Qué pronto! ¡qué pronto!  
 ¿Tiemblo? ¿Qué es lo que me pasa  
 que apenas me reconozco?)  
 Sepamos primeramente  
 lo que propones.
- REN. Propongo  
 un plan completo. Barnabo,  
 sabedlo bien, es un monstruo  
 que siente el remordimiento

de sus instintos diabólicos,  
 y pretende redimirse  
 de sus culpas y sus odios  
 con oraciones fervientes,  
 con rezos supersticiosos.  
 ¿Quién no conoce la hermosa  
 capilla baja del *Duomo*?  
 En su altar, y entre cristales  
 y sobre paños valiosos  
 que en sus profusos bordados  
 unen las sedas al oro,  
 se venera por las gentes  
 desde tiempo ya remoto  
 el de Santa Catalina  
 rico velo milagroso.  
 Allí va todas las noches  
 Spínola. Si el soborno,  
 que es tan útil muchas veces,  
 ó el estímulo precioso  
 de un buen golpe de monedas,  
 ó el impulso patriótico  
 de un corazón esforzado,  
 vienen en nuestro socorro,  
 —y en algo seguro fío  
 cuando anuncio mis propósitos—  
 os hallaréis esta noche  
 él y tú...

SEV.

¿De veras?

REN.

Solos.

SEV.

¿Dónde?

REN.

Allí.

ERC.

¿Qué dices?

SEV.

¿Cuándo?

REN.

Muy en breve.

SEV.

Pero... ¿cómo?

REN.

Permitidme que concluya.

SEV.

Concluye.

REN.

Si Fray Antonio  
 en cuya lealtad descanso,  
 nos quiere prestar su apoyo,  
 todo puede conseguirse,

y conseguirse de un modo perfecto, si no nos falta nuestra astucia ni tu arrojo. Años hace fué la hermosa capilla baja del *Duomo* lugar en que cometióse cierto crimen espantoso. Desde aquel infausto día, lo mismo el que ocupa el solio que el que vive en la miseria, el pobre que el poderoso, al entrar en la capilla entran desarmados todos. Barnabo también, ¿comprendes? Ni sus guardias numerosos le valdrán, ni de su acero terrible los golpes pronto que da, ni de su garganta los gritos altos y ansiosos, porque serán insensibles los muros, los ecos sordos. Allí tú con él; afuera vigilaremos nosotros. Y después, después... el Arno, que es un río misterioso, se llevará su cadáver hasta enterrarlo en su fondo. ¿Qué decís?

LIP.  
ERC.  
REN.

}

¡Bravo!

¿Conformes?

¿Y tú? (*A Severo.*)

ERC.  
LIP.  
SEV.

¿Meditas absorto?

¿Es que te arrepientes?

¡Nunca!

(¡Si me venderá mi rostro!)

REN.

Para saber si podemos arriesgarnos falta poco.

ERC.  
REN.

¡Mejor!

Decididamente,

¿puedo contar con vosotros?

SEV. ¡Sí!

REN. Cuando suenen las once,  
en la escalera del pórtico  
de San Juan, nos reuniremos.

ERC. ¡Bien!

REN. Y si mis ansias logro,  
tú (*a Severo*), gloria y honor de Pisa,  
nos vengarás del oprobio  
de un yugo que ya envilece  
y que apenas ya soporto...

SEV. ¡Y que con estas mis manos  
voy á convertir en polvo!

REN. ¡Adiós!

SEV. ¡Que ninguno faltel!

LIP. ¡Yo, no!

SEV. ¡Bien!

ERC. ¡Ni yo tampoco!

## ESCENA V

SEVERO.

SEV. Es necesario que venza  
mi duda... ¿y cómo poder  
estimular al deber  
si me humilla la vergüenza?  
¡El más ligero murmullo  
del aire á mi alrededor  
dice faltas de mi honor,  
pide cuentas á mi orgullo!  
En el campo ó la ciudad,  
allí donde voy huyendo,  
una voz me va diciendo:  
«Es tu padre.» ¡No es verdad!  
Hacia el campo-santo fuí,  
y al entrar, sobre el oscuro  
y vago fondo, en un muro

cierto nombre distingui:  
 «¡Torelli!» Y en la carrera  
 que di, mientras me escapaba,  
 no sé quién, detrás, gritaba:  
 «¡Intruso, bastardo, fuera!»  
 ¡Y es preciso que decida!  
 Es preciso resolver  
 muy pronto. ¿Qué voy á ser?  
 ¿Perjuro? ¡No! ¿Parricida?  
 ¡Qué zozobra! ¡Qué tormento!  
 ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Estoy loco!  
 ¡Me mataré! No, ¡tampoco!  
 ¿quién cumple mi juramento?  
 ¡Destrózate la razón!  
 Sé perjuro... ¡no, jamás!  
 Pues parricida, no hay más;  
 no tienes más solución.  
 ¡Ay, si es fatal mi desgracia,  
 préstame, Naturaleza,  
 valor al menos, firmeza  
 de voluntad! ¿Y la audacia  
 de insultarme? ¿No escuché  
 yo sus injurias?... ¡A mí!  
 ¡Frente á frente! ¡Sí, sí, sí!  
 ¡No dudol ¡Le mataré!  
 ¡Sin vacilar! ¿Y si insiste  
 mi pobre madre?... ¡Perdón!  
 ¡Madre de mi corazón,  
 qué desgraciado me hiciste!

*(Cae desvanecido sobre un banco, delante del león.  
 En este momento oyese una música, no muy dis-  
 tante, que preludia una serenata. Poco después  
 canta una voz la estrofa siguiente:)*

«¡Báquica orgía,  
 calle tu voz!  
 ¡Bendito sea  
 siempre el amor!»

*(Calla la música. Severo se incorpora y dice:)*  
 Y ayer con sed de pasiones  
 mi corazón despertaba...

¡Y ayer mismo no pensaba  
 sino en glorias é ilusiones!  
 ¡Ilusiones! ¡Una flor  
 que entre la yerba crecía,  
 me impresionaba y me hacía  
 estremecerme de amor!  
 Tan sólo con admirar  
 el sol y el azul del cielo,  
 sentía no sé qué anhelo  
 indefinible de amar,  
 y de bendecir á Dios,  
 y de luchar y vencer...  
 Dichas y encantos de ayer,  
 glorias y ensueños, ¡adiós!  
 (*Vuelve á caer desvanecido sobre el banco. Suena  
 de nuevo la música y se oye la segunda mitad  
 de la estrofa.*)

.....

«¡Bendito sea  
 siempre el amor!»

## ESCENA VI

SEVERO Y PORCIA.

(*Mientras que la música deja oír el ritornello de la serenata, Porcia, vestida de fiesta, y envuelta en un velo blanco, atraviesa con cuidado y temor la plaza, y sin que Severo lo advierta, se aproxima, cuando lo indica el diálogo, al banco en que se recuesta aquél.*)

POR. (Dejo la fiesta ruidosa  
 porque su angustia me llama,  
 ¡Virgen misericordiosa!  
 ¿Seré yo la mariposa  
 que va á morir á la llama?)  
 SEV. Gratos ecos del placer,  
 ¡con cuánta pena os escucho!

¡Si yo pudiera querer  
y que me quisieran mucho!  
Pero no, no puede ser.  
Deshonrado, escarnecido,  
¿ya qué valgo? ¿ya qué espero?  
Ni el consuelo del olvido.

POR. ¡No me ven! ¡Está dormido!

SEV. ¡Ay!

POR. ¡Severo!

SEV. ¿Quién?

POR. ¡Severo!

SEV. ¡Ah!

POR. ¡Por Dios!

SEV. ¿Quién eres, di?

¿Qué es lo que buscas aquí?

POR. Una mujer que dará  
toda su vida por tí.

SEV. ¿Quieres engañarme ya?

POR. Oyeme, por Dios.

SEV. ¿Ahora?

POR. Soy una mujer que implora;  
una mujer que te quiere;  
no, mucho más: que te adora  
y que por tu amor se muere.

SEV. ¡Y en qué instante me convidal...

¡Cuando ya de todo temo  
y hasta mi voz me intimidal

POR. También quizás en mi vida  
es el instante supremo.

¡Si vieras lo que sufrí!..

¿Sabes tú que cuantas veces  
detrás de tus pasos fui

todo lo que conseguí  
fue probar tus esquivas?

¡Ah! ¡Discúlpame siquiera!

SEV. ¿Qué dices?

POR. ¡Perdón!... ¡perdón!

¡Te quiero de tal manera!...

¡Cada vez con más pasión!

SEV. ¿Sí?

POR. ¡La pasión verdadera

no encuentra quien la quebrante,  
no desmaya ni en la cruz,  
sufre los golpes constante,  
y lo mismo que el brillante  
devuelve rayos de luz!

SEV.

¡Bendita seas!

POR.

No creas

que te engañe. ¿Me perdonas?  
¿Y es posible que me veas  
con amor?... ¿Y me abandonas  
tu mano?

SEV.

¡Bendita seas!

POR.

¡Oh! ¡Quiéreme, te lo ruego!

SEV.

¡Por Dios, no me martirices!

¿Estaré loco? No... ¿Ciego?

¿Y es verdad lo que me dices?

¿Que me quieres?

POR.

¡Que me entrego!

Que, si quieres, besaré  
donde pisas; que seré  
tu esclava fiel y amorosa...

SEV.

Debes ser buena. Más...

POR.

¿Qué?

SEV.

Debes de ser muy hermosa. (*Intentando descubrir su rostro.*)

POR.

¡Ah!

SEV.

¡Déjame! Por favor,  
un momento...

POR.

¡Calma! ¡Calma!

(*Durante esta parte de la escena debe escogerse otro momento oportuno para que vuelva a oírse la música de la fiesta.*)

SEV.

¡Ay! Al rayo de tu amor  
se va entreabriendo mi alma,  
como á la brisa la flor.

POR.

¡Por fin te puedo mirar  
sin padecer, sin temblar!

SEV.

¡Dios mío!

POR.

¡Severo!

SEV.

¿Lloro?

¡Parece que ya te adoro!

POR.  
SEV.  
POR.

¡Me estás haciendo llorar!  
Otra vez lloro, y espero . . . .  
¡Que Dios bendiga tu llanto!  
¡Hace ya tanto . . . . !  
Severo,  
de seguro que no es tanto  
como desde que te quiero  
y te consagro mi fé,  
como desde que te amé,  
como desde que te vi,  
porque . . . la verdad . . . no sé  
lo que fué primero en mí.  
Hay horas más seductoras  
que las de claras auroras  
y aun que las de buena suerte,  
y yo debí conocerte  
en alguna de estas horas.  
Era en los tiempos mejores  
de mis esperanzas; era  
cuando al volver los amores  
pisan la alfombra de flores  
que tendió la primavera,  
y en Mayo, mes de alegría,  
y en los instantes sería  
en que, al morir la mañana,  
da en la iglesia la campana  
el toque del mediodía.  
Nunca vi sol más radiante  
ni sentí más anhelante  
ni más intranquilo afán  
que el de entonces. Fué delante  
del pórtico de San Juan.  
¡El cántico de victoria  
de la gran naturaleza!  
¡Sus galas, que son su gloria!  
¡todo vuelve á mi memoria,  
todo con igual belleza!  
Los claveles y rosales  
que dan en *villas* cercanas  
efluvios primaverales;  
el sol sobre los cristales

en balcones y ventanas;  
 los murmullos de las fuentes  
 y las calles y las gentes...  
 y hasta las hojas de yedra  
 que sombrëaban las frentes  
 de aquellos santos de piedra.  
 Al revolver una esquina,  
 de improviso, grave, triste,  
 como el que absorto camina  
 en su mal y no domina  
 su dolor, apareciste.

¡Cómo en tu inquieta mirada  
 adiviné tu amargura!

SEV.  
 POR.

¡Oh! Sí. ¿De veras?

¡Tu espada  
 sentía en su empuñadura  
 tu diestra mano cruzada,  
 como dispuesta al menor  
 arrebató de furor  
 á poder vengar agravios,  
 y en tus entreabiertos labios  
 sujetabas una flor!  
 Y te detuviste...

SEV.  
 POR.  
 SEV.  
 POR.  
 SEV.  
 POR.

¿Sí?

Ocultando mal tu anhelo...  
 Y entonces... entonces, ¡díl!  
 Estabas mirando al cielo.  
 ¿Me estaba mirando en tí?  
 No sé lo que te pasaba,  
 ni lo quisiera saber;  
 sé que tu boca juraba  
 y que la flor se escapaba  
 de tus labios, sin querer;  
 sé que yo la recogía,  
 dándome razón apenas,  
 y que después la mordía,  
 para ver si me infundía  
 algo, muy tuyo, en mis venas.  
 Y sin reparar en mí,  
 tú... te seguiste alejando,  
 yo... quise correr á tí,

pero no me decidí,  
 que me detuve llorando.  
 Y una voz desconocida,  
 que siempre con ansia escucho  
 y que nunca se me olvida,  
 me dijo: «¡Quiérole mucho,  
 aunque te cueste la vida!»  
 Llena de amor, tal cual es,  
 mi vida entera te doy.

¡Quiéreme, quiéreme, pues,  
 por compasión, que ya ves  
 que sin ti sin vida estoy!

SEV. ¡Mujer, quien seas, piedad!  
 ¡Dame la felicidad  
 que mi angustia necesita!

POR. ¿Sí? ¿Ya me quieres? ¿Verdad  
 que ya me quieres?

SEV. ¡Bendita,  
 bendita seas! (E ignora  
 mi afrenta, mis desengaños,  
 y conmigo siente y llora,  
 y si me adora, me adora  
 por mí, por mis pocos años.  
 ¡Sí! Por las mismas razones  
 por que va mi juventud  
 en pos de las ilusiones.

¿Qué saben los corazones  
 de escrúpulos de virtud?  
 Si me quiere, que me quiera  
 por mí, y en su amor confío.)  
 POR. (¿Y si después de que viera  
 mi rostro me maldijera  
 por ser lo que soy? ¡Dios mío!)

SEV. Puesto que tú me querrás  
 con la misma buena fe...  
 ¿Por qué tiemblas?

POR. Tú dirás.

SEV. Oye...

POR. Dí.

SEV. Mañana...

POR. ¿Qué?

- SEV. Voy á morir.  
 POR. ¿Tú? ¡Jamás!  
 ¡Morir tú, no digas eso,  
 por Dios! ¡Romper mi embeleso!  
 SEV. Mas... deja que mientras viva  
 te adore.  
 POR. ¡Sí!  
 SEV. Que reciba.  
 de tus labios... sólo un beso.  
 Deja que quien te admiró  
 logre contemplar la estrella  
 de donde su luz llegó.  
 (*Intentando nuevamente descubrir su rostro.*)  
 POR. Después...  
 SEV. ¿Qué? ¿Temes?  
 POR. ¡No! ¡no!  
 SEV. (*Atormentado de improviso por un terrible presen-*  
*timiento, va hacia Porcia.*)  
 Sí... ¡Quizás!..  
 POR. ¡Oh!  
 SEV. (*Arrancándola el velo.*) ¡Por fin! ¡Ella!  
 ¡Ella! ¡Tú!  
 POR. ¡Por caridad!  
 SEV. ¡Tú! ¡La infame favorita  
 de Spínola!..  
 POR. ¡Por piedad!  
 SEV. Tú mi consuelo, ¿verdad?  
 ¡Maldita seas! ¡maldita!  
 POR. ¡Oh! ¡Por Dios!  
 SEV. ¡Y aún me provoca!  
 Tú, tú, que en tu impuro seno  
 le abrigas... ¿Te has vuelto loca?  
 ¿Qué me ofreces? ¡Su veneno!  
 ¡Le habrás besado en la boca!  
 Tú, que has dejado el honor  
 y la virtud en sus brazos,  
 ¿qué me brindas?  
 POR. ¡Por favor!  
 SEV. ¿El dejo de sus abrazos?  
 ¿Desperdicios de su amor?  
 ¡Y me hiciste concebir

esperanzas de vivir  
con más encantos, con más  
amores!.. ¡Vas á morir! (*Sujetándola fuertemente  
por un brazo.*)

POR.

¡Oh! ¡socorro!

SEV.

¿Adónde vas?

POR.

¡Socorro! ¡Socorro!

SEV.

¿Adónde?

POR.

¡Severo! ¡Por Dios, repara!..

¡Ah! (*Logrando desasirse, y escapándose.*)

## ESCENA VII

SEVERO.

SEV.

Pero ya, ¿quién me ampara?

¡Dios mío! ¿quién me responde?

¡Ay, de qué terrible modo  
se ceba el dolor en mí!

¿Todo se me vuelve? ¿Sí?

¡pues me vuelvo contra todo!

Ya no dudo, ¡no! ¡que no!

¡Ya no quiero perdonar,

quiero matar y matar,  
hasta que sucumba yo!

¡A cuantos gocen, ¡á cuantos

me detengan!... ¡Y esa gente (*Óyese dentro nue-  
vamente el rumor de la fiesta, con algunas car-  
cajadas.*)

se ríe! ¿Será que intente

insultarme con sus cantos

y con sus risas?... ¡Quizá!

¡Sí! Pues se engañan... lo siento...

yo también estoy contento,

¡muy contento! ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

## ESCENA VIII

SEVERO y RENZO.

SEV. ¡Tú!

REN. ¡Severo!

SEV. ¿Qué ha pasado?

REN. Que la suerte se declara  
ya por fin á nuestro lado.  
Todo queda preparado.SEV. ¡Fray Antonio nos ampara!  
¿Sí?REN. Nos ampara, y aún más:  
nos absuelve.SEV. ¿Sí? ¿Quizás  
temiste que la emoción  
me venciera? ¡Pues verás  
si me sobra corazón!

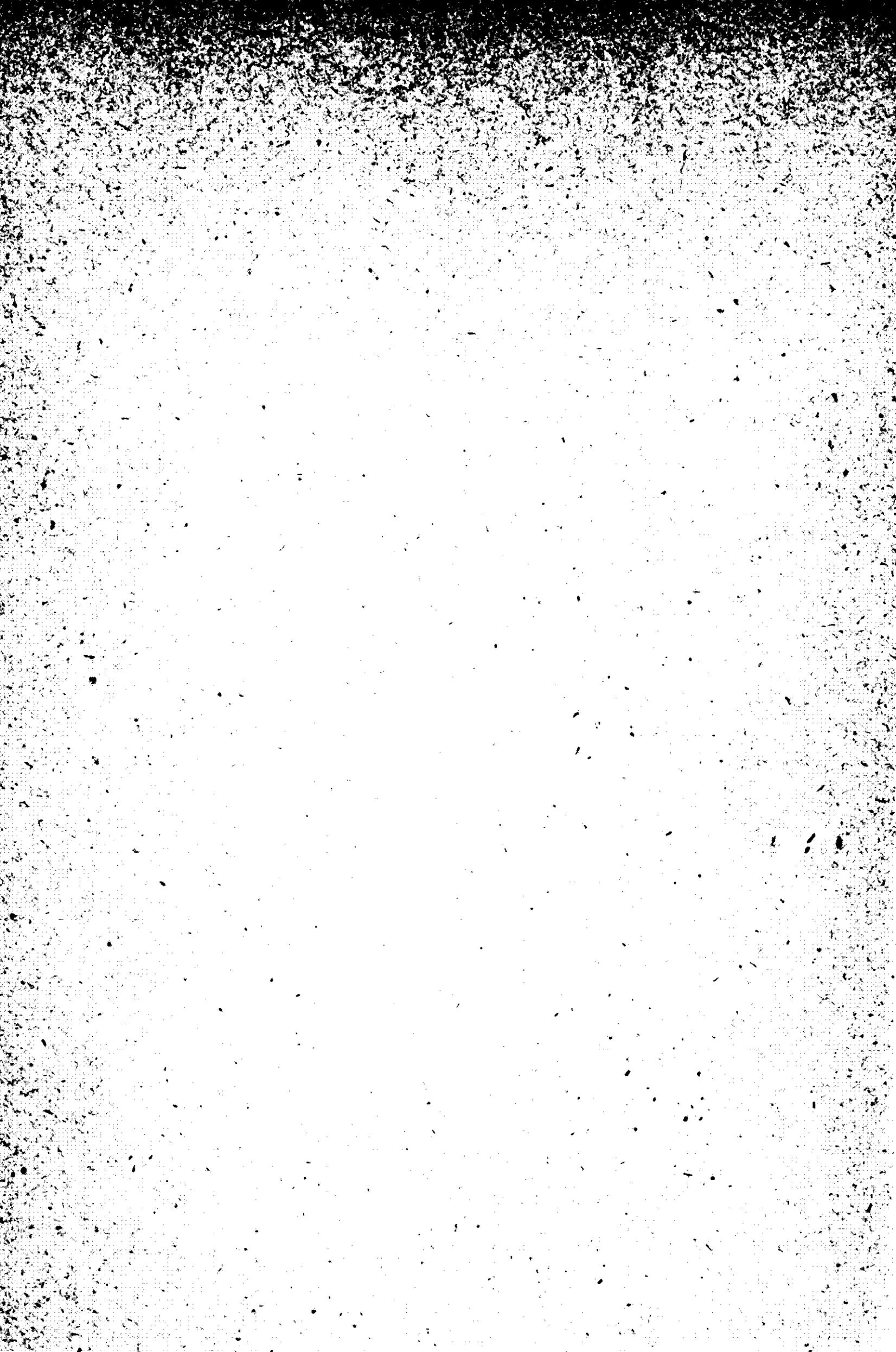
REN. ¡Sí!

SEV. ¡Tú mismo lo has de ver!  
¡Renzo, no nos detengamos!  
¡Tú no puedes comprender  
ni adivinar mi placer!  
¡Vamos, Renzo!

REN. ¡Vamos!

SEV. ¡Vamos!

TELON RÁPIDO



# ACTO CUARTO

---

Una capilla baja en el *Duomo* de Pisa. A la izquierda un altar ricamente adornado, sobre el que se ve un espléndido relicario. Los numerosos cirios encendidos sobre este altar alumbran la escena. En el fondo una ancha escalera, de ocho ó diez gradas, conduce á una verja de hierro, en parte abierta, y detrás de la cual se distingue la nave del *Duomo*, donde brillan algunas lámparas. A la derecha una puertecilla oculta en el muro. Gruesos pilares.

## ESCENA PRIMERA

FRAY ANTONIO. *Fieles que rezan.*

FR. A. *Amén.* Ya que concluyeron  
todas nuestras oraciones,  
retiráos, que la iglesia  
va á cerrarse...  
(*Los fieles se retiran lentamente.*)  
Pues que acoges  
con igual misericordia  
sacrificios y rencores,  
Dios mío, tú que comprendes

mis ansias, no me abandones.  
 No como el aventurero  
 á quien sus odios corrompen;  
 como el corazón me dicta  
 procederé. Dios perdone  
 al desgraciado en sus penas,  
 y en su angustia al sacerdote.

*(Sale por la verja del fondo y la cierra tras él.  
 Cuando desaparece por el fondo de la nave, ábre-  
 se una puertecilla á la derecha y aparece Seve-  
 ro. Calla el órgano.)*

## ESCENA II

SEVERO.

SEV. Dos horas más de tormentos.  
 ¡Qué terribles y qué largas!  
 Vagando por esas calles,  
 cruzando por esas plazas,  
 sin encontrar en las sombras  
 ni un reflejo de esperanza.  
 ¡Es aquí! Seguramente.  
 ¡Y él solo, solo y sin armas,  
 reza siempre! ¡Necesito  
 recordar bien mis palabras!  
 «Aunque el altar le proteja,  
 aunque le guarde mi casa,  
 aunque fuera imprescindible  
 sorprenderle por la espalda,  
 juro cien veces matarle  
 para salvar á mi patria.»  
 ¡Lo juré, y es necesario  
 que lo cumpla! ¡Dios le valga!  
 ¿Y aún dudo? Diez inocentes  
 á los que en prisiones guarda  
 para que den testimonio

de sus crueldades mañana;  
 mil y mil hombres vencidos  
 bajo el poder de sus garras,  
 que en mí tan sólo confían,  
 y por su jefe me aclaman;  
 ¡yo escarnecido! ¡Torelli  
 deshonorado! ¡Pisa esclava!  
 ¿Y aún sigo dudando? Pisa,  
 tú que viste en hora aciaga  
 á Ugolino, allá en la torre  
 del Hambre, morder de rabia  
 los dos puños descarnados,  
 con la boca desgarrada,  
 y en sus hijos conteniendo  
 los impulsos de sus ansias  
 para que no se matasen  
 y que no se devoraran  
 entre sí, como leones  
 dentro de la misma jaula,  
 pronto vas á ver un hijo  
 loco de sed de venganza  
 y á quien su padre deshonra,..  
 ¡y verás cómo lo mata!  
 ¡Sí! Pisa, ciudad de horrores,  
 ¡acrecentarás tu fama!  
 Es un monstruo, y sin embargo,  
 ¡ay! ¿por qué siento en el alma  
 que la compasión me vence,  
 que la voluntad me falta?  
 Que no desoiga mis ruegos,  
 inspira tú mis palabras.  
 Dios mío; ¿y si se obstinase  
 en luchar, si no cesara?  
 ¡Moriríamos entonces  
 los dos! ¡Ah! ¿Quién! ¡Virgen santa!  
 (*Se esconde detrás de un pilar de la capilla.*)

## ESCENA III

FRAY ANTONIO, BARNABO SPÍNOLA.

*Fray Antonio llega por la nave, acompañando a Barnabo y alumbrando el camino con una linterna. Después abre la verja del fondo.*

FR. A. Señor, según la costumbre,  
debéis...

BAR. ¡Y apenas que es vana  
y puerill...

FR. A. Señor, respetos,  
rutinas...

BAR. ¡Tomad la espada!  
¿Quedó bien cerrado todo?

FR. A. Todo, señor... ¿Y la daga?

BAR. ¡Vigilad mucho! Que nadie  
se acerque...

FR. A. Señor...

BAR. Tomadla.

*(Fray Antonio le saluda con una reverencia. Cierra la verja tras él y se aleja con las armas. Barnabo baja lentamente la escalera.)*

## ESCENA IV

BARNABO SPÍNOLA, SEVERO.

BAR. Recemos, pues. *(Dirigiéndose hacia el altar.)*

SEV. *(Saliendo.)* Y pues llegó el instante,  
¡basta de dudas ya! ¡Cumpla su pena!  
¡Spínola!...

BAR. ¿Quién? ¡Tú!

SEV. Yo.

BAR. ¡Fray Antonio,  
mi espada!

SEV. ¡No te alarmes! ¡Ten paciencia!

El monje á quien tus armas entregaste  
es mi cómplice!

BAR.  
SEV.

¿Sí?

Cerró la verja  
tan cuidadosamente, que podemos  
estar seguros de que nadie venga.  
¡Estás, pues, desarmado!

BAR.

¡Desarmado!

¿Y tú?

SEV.

¡No! Ya lo ves; mi daga es buena.  
Hablemos, pues, y con reposo... padre.

BAR.

¡Túl ¡túl..

SEV.

Sí... todo.

BAR.

¿Tú?

SEV.

La infamia horrenda,  
el cobarde misterio... todo, todo,  
todo lo sé... ¿Comprenderás siquiera  
hasta qué punto te aborrezco? Tanto  
que contengo mi furia, ya que tiembles,  
para poder gozarme por más tiempo  
de verte padecer en mi presencia.  
¡Pero no! ¡pero no! ¡Si no es posible!  
¡Si eres no más que el sanguinario déspota,  
sin un rayo de amor en las pupilas,  
sin un punto de luz en la conciencia!  
¿Tendré que confesarte que te odiaba?  
No. ¿Para qué?

BAR.

¡Tú, tú! ¡Maldito seas!

SEV.

Pero desde que supe que á tu crimen,  
sólo á tu crimen debo la existencia,  
y el dolor de tener que despreciarme,  
y la deshonra vil, que me avergüenza,  
yo no sé qué decirte de mi angustia,  
yo no sé qué decirte de mis penas,  
yo no sé qué decirte de mis odios...

BAR.

¡Oh!

SEV.

¡Miserable, miserable! ¡Tiembra!

BAR.

¡Severo!

SEV.

¡Dílo ya! No dudes. «¡Hijo!»  
¿Por qué no me lo dices? ¿Quién creyera

que temblaras oyéndome?

BAR.

¡Severol!

SEV.

No, ¡dilo de una vez! «¡Hijo!»

BAR.

¿Qué intentas?

SEV.

Porque lo soy, porque los hijos tuyos es natural que al fin se te parezcan; porque heredé con tu viciada sangre tu instinto vil, tu condición de fiera, y porque, como tú, ya soy un monstruo, voy á beber la sangre de tus venas.

BAR.

¡Oh, Severol! ¿Qué dices?

SEV.

¡Palideces!

BAR.

¿Yo? ¡No! ¡Mátame, pues! ¡No te arrepientas!

¡Bah! ¿Te detienes ya?

SEV.

Quando ignoraba

la magnitud terrible de mi afrenta, lo juré sobre Cristo, por mi patria, para librarla al fin de sus cadenas. Y ¡ay! luego, luego...

BAR.

Pero ¿quién te dijo?

SEV.

¿Quién mi deshonra?

BAR.

¡Sí!

SEV.

¿Quién mi vergüenza?

BAR.

¡Sí!

SEV.

¿Quién sino la víctima? ¿Quién pudo si no decirme tus infamias?

BAR.

¡Ella!

SEV.

Mi madre. ¡Sí!

BAR.

¡Tu madre!

SEV.

Y á mis labios

vino su nombre. ¡Desgraciada! ¡Sé! ¡Tantos años de angustias, de sollozos y de remordimientos y tristezas!

¡Oh! ¡Tu sangre! ¡tu sangre! ¡toda, toda, por una de sus lágrimas siquiera!

BAR.

¡Tómala!

SEV.

¡Desgraciado! No me incites.

¡Desgraciado! No azuces mi impaciencia.

No puedes ya salvarte. Mis amigos, vigilando por mí guardan las puertas. En mi poder estás. ¡Y sin embargo,

escucha! La feroz naturaleza  
del hombre más perverso, todavía  
aun en el colmo de su infamia, deja  
que al través de sus crímenes se escape  
alguna vez un rayo de clemencia.

Y aunque ha de ser mi corazón perverso  
y vil, muy vil, para que no desmienta  
que te debo la vida... sin embargo,  
ya lo ves, tengo calma, tengo fuerzas  
para poder ahogar mis tentaciones,  
para que no se cumplan mis promesas  
y aun para que la mano vengadora  
que sostiene mi daga se detenga.

¡Huye! ¿Que soy perjuro? ¿quién lo duda?  
Pero obedece.

BAR. ¿Cómo? ¿Qué obedezca?

¿Y es posible que así me lo propongas?

¡Yo recibir tus órdenes! ¿De veras?

SEV. Niégate, y al instante moriremos  
uno tras otro.

BAR. Dí lo que deseas.

SEV. Dame tu anillo ¡pronto! con el sello  
de tu poder. Más vale que la fuerza  
muchas veces la astucia, y es preciso  
para tu salvación contar con ella.  
Buscaré á mis amigos sin tardanza,  
y aunque es forzoso que al hablarles mienta,  
les contaré tu muerte. Con tu anillo  
se rendirán al fin las fortalezas,  
y el pendón gloriosísimo de Pisa  
ondeará, con el alba, en sus almenas,  
y el triunfo será nuestro.

BAR. ¿Quién lo duda?

SEV. Te daré libertad, la bolsa llena,  
y excelentes disfraces que te oculten  
y un buen caballo que corriendo vuela,  
y con él y la escolta que te deje  
puedes ir sin temor adonde quieras;  
lejos, lejos de aquí, pronto, muy pronto.  
¡Sin perder un momento!

BAR. ¡Qué vergüenza!

SEV. No dudes.

BAR.

Pero no, ¿qué es lo que digo?  
 ¡Lástima grande de que así se pierdan  
 un ingenio tan claro como el tuyo  
 y una inventiva tan feliz y amena!  
 Si todo cuanto dices lo refieres  
 como chanza, no más, que me divierta,  
 provocando mi risa, te aseguro  
 que es la invención, en realidad, perfecta.  
 ¡Y escuchando tu estúpido consejo  
 me pude contener!

SEV.

BAR.

¡Ah!

¿Conque ceda?  
 ¿Conque tú me disfrazas? ¿De lacayo?  
 ¿Conque tú me proteges y me prestas  
 no tan sólo el auxilio de tu ingenio,  
 la protección, que es más, de tus monedas?  
 ¿Es que has supuesto que tan fácilmente  
 con mi poder y mi valor se juega?  
 ¿Es que mi propio nombre no me obliga?  
 ¿Es que mi honor tan poco me interesa  
 para que dé mi dignidad hollada  
 satisfacción á tus palabras necias?  
 ¿Ser tan cobarde yo? ¡Si no es posible!  
 ¡Si parece mentira que te atrevas!  
 ¡Mátame ya!

SEV.

BAR.

SEV.

¡No dudes, que me pierdes!  
 ¡Si yo no dudol

¿No? ¿Conque te niegas?  
 ¡Oh! Calma, por piedad, y reflexiona,  
 mira que se concluye mi paciencia;  
 que quiero suplicarte, y con el alma  
 suplicándote estoy, pero que, mientras,  
 los odios me devoran y el ultraje  
 y me va enloqueciendo la vergüenza.  
 Entrégame tu anillo y te perdono.  
 ¡Cedel

BAR.

SEV.

BAR.

SEV.

No.

¡Cedel

Nunca.

¿No recuerdas

que aguardan mis amigos? ¿no supones,  
no sabes, dí, que la ciudad me espera?  
Pronto sospecharán de mi tardanza,  
pronto vendrán en busca de su presa.  
¡Desgraciado! ¿No ves, no ves la angustia  
con que te ruego? ¿no la ves? ¡Acepta!  
Jamás.

BAR.

SEV.

¿Jamás?

BAR.

¡Jamás!

SEV.

¡Ah! Pues entonces,  
¡basta! Vas á morir. Si puedes, reza.  
Arrodíllate... ¡Vamos!

BAR.

¡A tus plantas  
arrodillarme yo! ¡Qué más quisieras!

SEV.

¡Y el cielo sobre ti no se derrumba!  
¿Has desencadenado la tormenta  
para mofarte de su horror? ¡Pues mira  
cómo viene á buscarte la centella! (*Sacando la  
daga.*)

BAR.

¡Reto por reto! ¡Injuria por injuria! (*Colocándose  
solemnemente junto al altar.*)

¡Ven, y sobre el altar donde gotéa  
la sangre de Jesús que sacrifica  
por su Dios, que es su padre, la existencia,  
ven á matarme ya! ¡No tiembles, hijo;  
ven, que tu padre sin temblar te espera!

## ESCENA V

DICHOS y DOÑA PÍA.

(*Doña Pía sale, detrás del altar, puñal en mano.*)

SEV.

¿Sí? ¡pues los dos!..

PÍA.

¡Él solo! (*Hiere á Barnabo.*)

SEV.

¡No!

BAR.

¡Tú!

SEV.

¡Madre!

BAR. ¡Ah! ¡Te has vengado! (*Cae muerto.*)  
 SEV. ¡Madre!  
 PÍA. ¡Desfallezco!  
 SEV. ¡Madre! ¿tú?  
 PÍA. Me oculté. ¡Lo adivinaba!  
 Mi amor, tus odios, tus palabras, Renzo...  
 ¿Y quién era la víctima? ¿quién era  
 la que más padeció con sus tormentos?  
 ¿ni á quién le corresponde la venganza,  
 Severo, más que á mí?  
 SEV. ¡Madre!

## ESCENA VI

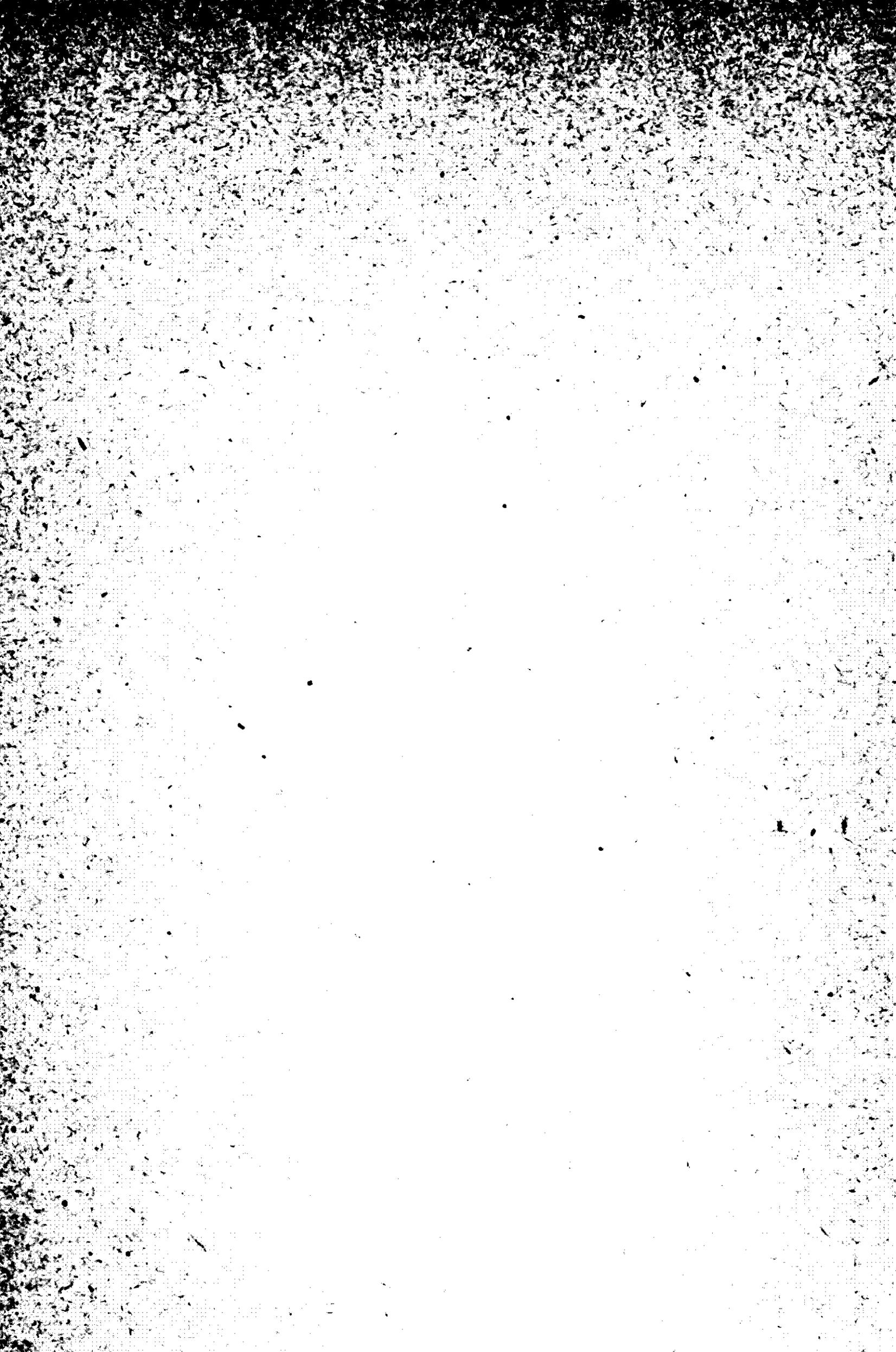
LOS MISMOS y RENZO (*que entra apresuradamente.*)

REN. ¡Severo!  
 PÍA. ¡Vedle! (*Señalando al cadáver de Spínola.*)  
 REN. ¡Murió!  
 PÍA. ¡Murió! ¡Mi débil mano  
 con agudo puñal partió su pecho!  
 Mientras que de su golpe se esquivaba.  
 (*Señalando á Severo.*)  
 se encontró con la punta de mi acero.  
 ¡Ya Pisa es libre!  
 REN. ¡Libre!  
 SEV. ¡Que los nombres  
 de honor y libertad llenen los vientos! (*Sale.*)  
 REN. ¡Madre! ¡madre!  
 SEV. ¿Me quieres, hijo mío?  
 PÍA. ¡Oh!  
 SEV. Lo comprenderás. ¡Yo te avergüenzo;  
 PÍA. tú quizás me desprecias!  
 SEV. ¡Nunca! ¡nunca!  
 PÍA. ¡Madre del corazón!  
 SEV. ¡Cómo te quiero!

SEV. ¡Por fin! (*Se hiere en el corazón.*)  
 PÍA. ¡Madre! ¡Jesús!  
 PÍA. ¡Ya ves, tenía  
 que mentir siempre!  
 SEV. ¡Madre!  
 PÍA. ¡No, no puedo!  
 SEV. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Dios mío!  
 PÍA. ¿Lloras? Oye.  
 SEV. ¿Qué quieres, madre?  
 PÍA. ¡Por piedad, silencio!  
 (*Cae muerta.*)

## TELÓN RÁPIDO





Faltaría á un deber de justicia y dejaría de ser sincero si no consignara aquí la expresión de mi reconocimiento más profundo hacia los directores y primeros actores del Teatro Español (que han interpretado el papel de protagonista—D. Wenceslao Bueno— y el de *Barnabo Spinola*—D. José Mata—) y hacia los artistas todos del clásico coliseo, que, cada cual por su parte, y aun aceptando algunos empeños inferiores á su categoría, han contribuído al éxito de esta obra con su inteligencia, sus dotes y su actividad, poseídos de fé indudable y de verdadero entusiasmo.

La Sra. Argüelles ha puesto de relieve, una vez más—dando vida á la infortunada madre de *Severo*,—su sentimiento dramático y su renombrado talento de primera actriz; la Sra. Sala ha prestado singular atractivo y encantos nuevos á la poética figura de *Porcia*; la Srta. Gardeta, distinguida alumna pensionada del Conservatorio y discípula del Sr. Blasco, interpreta, con preciosa voz y estilo excelente, la melodía del acto tercero.

Y aún he de consagrar algunas palabras,

*porque ser agradecido  
obligación mayor es  
para el hombre bien nacido,*

como dijo el Duque de Rivas, á Bueno, de un modo especial, por circunstancias que á él le honran mucho y que yo nunca olvidaré, y al maestro Juarranz, mi antiguo y buen amigo, que ha coadyuvado al éxito de este arreglo, de una manera tan feliz como generosa, escribiendo la inspirada melodía que, según dicho queda, se intercala en el tercer acto.

CARLOS FERNÁNDEZ SHAW.



1034639

